



TEXTOS ARREGLADOS AL NUEVO PLAN DE ESTUDIOS  
DE LAS ESCUELAS PRIMARIAS DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

---

3° y 4° GRADOS

NOCIONES PRÁCTICAS

# DE MORAL

Adaptadas á los programas oficiales

POR

**E. LAMADRID**

Profesor Normal

NUEVA EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA

6318



BUENOS AIRES

FELIX LAJOUANE, EDITOR

79—PERÚ—89

—  
1894



# ADVERTENCIAS

---

## Á LOS MAESTROS

La primera edición de este librito, rápidamente agotada, debido al favor que la dispensaron los maestros de las escuelas de la capital y de toda la República, era, como ésta, una traducción y arreglo de diversos autores, ya franceses, ya del habla castellana. Poco á nada había, pues, ni hay en él que sea original, en cuanto á doctrina se refiere.

El objeto del presente libro no es presentar científicamente ordenada la doctrina; no es la moral de los manuales de filosofía la

que se exhibe aquí, por más que esa misma moral constituya el fundamento del libro. Tiene sí por objeto el dar la pauta, la norma á que debe ajustarse la enseñanza de la moral en la escuela primaria; y en esto consiste la originalidad y el mérito—si alguno tuviere—del trabajo.

Los maestros, pues, no deben ceñirse en la *cantidad* de la doctrina al estrecho molde de un libro, hecho con arreglo á lo que dispone el correspondiente programa, el cual, como todos los programas, señala límites y vallas infranqueables para el libro de texto: ellos pueden y deben ampliarla, si las circunstancias y condiciones de sus alumnos así se lo permiten, conservando siempre la misma forma esencial.

Nosotros, sin duda, habremos pecado antes por *falta* que por *sobra*. Pero la razón es fuerte: estamos convencidos de que, tratándose de moral, importa más la posesión de unas pocas ideas morales, bien comprendidas, que no toda la inútil palabrería de los pesados preceptistas, que hasta ordenan cómo se ha de mirar.

¿No es la moral la ciencia del bien? Si pues, esta sola idea penetrase en todos los

espíritus, iluminándolos: ¿qué necesidad habría de tantas divisiones y distinciones de los deberes y derechos de cada uno?

Por otra parte, el hombre está compuesto, como se dice vulgarmente, de *corazón* y de *cabeza*. Toda su vida no es más que una lucha entre estas dos cosas. El *corazón* lo es todo en los primeros años; la *cabeza*, nada; por el contrario, en la vejez ésta es, si no todo, casi todo; aquella, poco ó nada.

De aquí que la enseñanza de la moral á la infancia deba dirigirse más al *corazón* que á la *cabeza*, más al *sentimiento* que á la *razón*. Después, ya iremos aumentando la proporción de esta última hasta llegar á la armonía del sentimiento y la razón, armonía que funda sobre incommovible base la felicidad asequible en esta vida.

Hé aquí porqué la doctrina no puede ser lo esencial de obras como la presente. Sin embargo, todo cuanto en ella se inculca, responde á la doctrina del *bien por el bien mismo*, habiendo, además, tenido especial cuidado en mostrar, á seguida de los buenos principios, las felices consecuencias que de ellos se originan, para robustecer la creencia vacilante del que ve al lado de las pocas

grandes acciones, tantas ruindades como en el mundo hay.

Algunos me han preguntado porqué ponía los cuentos después de la explicación, debiendo salir ésta del relato de aquél; ó porqué no ponía fábulas, cuentos de animales, etc., etc.

Pongo los cuentos después de la explicación, porque para sacar del cuento la doctrina, se necesita: ó que el cuento sea hecho con propósito preconcebido de inducir de él tales ó cuales ideas, lo que puede comprometer la *naturalidad* del mismo, ó que haya cuentos, expresión real de la verdad, que al mismo tiempo sirvan como de ovillo para sacar los hilos de la doctrina; y de éstos no hay.

Un cuento, un relato verídico no proporciona, por lo general, sino unos cuantos de los puntos de vista necesarios en la doctrina.

Por la misma razón que buscamos ser *naturalistas* en los cuentos, que si bien presentan bajo bellas formas la verdad, tienen el inconveniente de ser solamente *realistas*, lo que da base insegura en los hechos á la doc-

trina, evitamos las fábulas, los cuentos de animales, etc., etc.

Nada más tenemos que decir por ahora. Sólo nos queda dar desde aquí las gracias á todos los maestros que han contribuído á hacer bueno este librito.

ESTEBAN LAMADRID.



## INTRODUCCION

---

Todos sabemos que hay acciones buenas y acciones malas. El robo, el asesinato, la calumnia, son acciones malas, porque violan derechos que mutuamente se reconocen los hombres. Tenemos el derecho de vivir, y cualquier acción que impida el uso de este derecho será considerada como una acción mala.

Por el contrario, un pobre sufre á nuestra vista sin que tengamos nosotros la culpa de su pobreza; sin embargo, le damos una limosna para socorrer sus miserias. Un hombre se ahoga sin que nosotros le hayamos arrojado al agua; nuestro corazón affligido á la vista de este hecho, nos impulsa á salvarle. Estas acciones son indudablemente buenas.

La moral nos enseña á distinguir las acciones buenas de las malas y á obrar bien.

Las acciones que estudia son las ejecutadas por el hombre. Si una piedra cae y hiere á una persona, no puede decirse que la piedra ha cometido una *mala* acción, pues ella ha hecho el daño sin *saber* ni *querer*. El sol madura los frutos, pero tampoco puede decirse que él hace una *buena* acción, porque el sol hace esto sin *saber* ni *querer*.

Para que una acción pueda ser calificada de *buena* ó *mala*, es necesario que quien la ejecute sepa lo que hace y quiera hacerlo, es decir, que tenga *razón* para conocer y *libertad* para querer. De donde se deduce que toda acción que no sea ejecutada por el hombre, no puede ser estudiada en la moral, pues éste es el único sér dotado de *razón* y *libertad*.

Tan es así, que si un loco, es decir, un hombre falto de razón mata á otro, no se le considera culpable, porque no *conoce* lo que hace.

Y si, aunque *conozca* lo que hace, le obligan por la fuerza, contra su *voluntad*, á cometer una mala acción, tampoco puede ser

castigado, porque en este caso le falta la *libertad*.

La moral se divide en teórica y práctica: la teórica nos enseña á distinguir las acciones buenas de las malas, y la práctica nos enseña á obrar bien, es decir, nos enseña los deberes que tenemos con nosotros mismos, con nuestros semejantes y con Dios.

Los deberes que el hombre tiene consigo mismo son de dos clases: deberes con el cuerpo y deberes con el alma. Estudiaremos primero aquéllos y después éstos.

Pasaremos después á estudiar los deberes con nuestros semejantes, y, por último, los que tenemos con Dios, que es la encarnación definitiva de toda moral.

#### CUESTIONARIO

Relaten acciones buenas, — malas. — Nombre de la ciencia que enseña á distinguir unas de otras. — ¿Cuál es el sujeto de la moral? — ¿Porqué es el hombre? — División de la moral.



# PRIMERA PARTE

---

## CAPÍTULO I

### DEBERES PARA CONSIGO MISMO

EL CUERPO: Aseo, sobriedad, gimnasia.--Perjuicio de la gula y embriaguez.—EL ALMA: Veracidad, estudio, trabajo.—Aversión á la ignorancia y á la pereza.—Modestia, paciencia, valor, dignidad personal.

#### **Aseo**

Hemos dicho que el hombre tiene deberes que cumplir con su cuerpo y con su alma.

El *aseo* es un deber que tenemos con nuestro cuerpo.

La limpieza es condición indispensable de una buena salud; su ausencia es la causa de muchas enfermedades, y á veces de esas terribles epidemias que cuestan la vida á miles de personas.

El niño que comprende su dignidad, es aseado, su rostro y manos están siempre perfectamente limpios. No se respeta á sí mismo el que tiene siempre sus cabellos en desorden, desgarradas las ropas y descuida esos pequeños trabajos diarios de limpieza tan fáciles de hacer.

### **Sobriedad**

La *sobriedad* consiste en dar á nuestro cuerpo todo lo que le sea necesario y útil; la intemperancia pasa al abuso y no se detiene hasta llegar á la saciedad.

El hombre inmoderado es enemigo de sí mismo y el verdugo de su cuerpo, puesto que daña su salud y destruye poco á poco su vida.

Por el movimiento y por el trabajo perdemos fuerzas; debemos recuperarlas por la alimentación. Pero si los alimentos son indispensables á nuestra existencia, usados con moderación, la acortan cuando se abusa. Comemos para poder vivir, y no vivimos ni estamos en el mundo para comer.

Un sabio, Boerhaave, decía en su lecho de muerte: "Dejo en el mundo tres grandes

médicos que han de impedir más enfermedades que todas las que yo he curado.”

—“¿Quiénes son?—le preguntaron.

—“El ejercicio, el agua y la dieta.” Es decir, el trabajo y la sobriedad.

Franklin se contentó mucho tiempo con una sopa de harina de avena, que él mismo preparaba, y un trozo de pan que comía con fruta.

Los niños pecan, sobre todo, por glotones y golosos. Se busca más bien lo agradable al paladar, que lo útil al cuerpo, procediendo de un modo contrario al que aconsejan la razón y la experiencia.

La higiene, que prohíbe todo exceso, prescribe también otras reglas para conservar la salud, como por ejemplo: ventilar la habitación, la cama, los sitios donde se trabaja, evitar los pasajes repentinos del calor al frío, no exponerse á las corrientes de aire y, otras que el sentido común aprueba y reconoce.

#### CUESTIONARIO

*Aseo.*—Necesidad de la limpieza.—Perjuicios que puede ocasionar su falta.

*Sobriedad.*—¿Qué se entiende por sobriedad?—Ejemplos.—Consecuencias de la intemperancia.—Conformidad de la sobriedad con las reglas de la higiene.

### Glotonería

El duque de Maguncia, Jefe de la Liga, era hombre á quien le gustaba mucho comer bien, pasando en los placeres de la mesa todo el tiempo que le dejaba en paz su infatigable rival, Enrique IV. Rara vez salía de estos festines con la cabeza fría, y entonces era cuando batía á Enrique IV, primero con la imaginación, y luego en la realidad.

El día de la batalla de Arques comió abundantemente según su costumbre; á los postres le sirvieron un excelente melón, y cuando iba á comérselo, fueron á advertirle que la caballería de Enrique IV se había adelantado imprudentemente hasta un soto vecino, donde podía ser sorprendida y copada si queria dar la orden para ello; los mensajeros añadieron que el ejército de la Liga, aprovechando de este triunfo adquirido sin trabajo, podría arrojarse de improviso al campo enemigo, forzarle y quizás hacer prisionero al mismo Enrique.

—“Esperad un momento, dijo el duque; dejadme comer el melón.”

Pocos instantes después llega un oficial y le da un parte igual al precedente.—“Dejadme acabar de comer este melón,” repitió Maguncia.

En fin, le anuncian que el ejército enemigo está ya á la vista, y que sólo tiene tiempo para montar á caballo.

—“¡Ya me lo he comido!”, exclama el duque muy satisfecho. Y diciendo esto, monta á caballo,

sale al campo, y es completamente derrotado: justo castigo de su gula y de su glotonería.

BARRAU.

## Gimnasia

Si la sobriedad conserva nuestras fuerzas, la gimnasia las aumenta. El ejercicio es indispensable para la conservación de una buena salud. Pero la gimnasia es más provechosa que el ejercicio desordenado, porque regulariza los movimientos, los arregla con inteligencia y mide el esfuerzo empleado, comunicando así á los miembros una agilidad y vigor extraordinarios.

El cuerpo y el alma deben estar siempre equilibrados: cuerpo sano y alma sana.

El niño que no hace ejercicio, concluye por hacerse perezoso, porque sin ejercicio no hay fuerzas.

La gimnasia también ha prestado inmensos servicios, salvando la vida de muchas personas en esos accidentes desgraciados que á menudo tienen lugar, como un incendio, un naufragio, etc.

### CUESTIONARIO

Acción conjunta de la sobriedad y la gimnasia.—Necesidad del ejercicio.—Consecuencias morales que pueden sobrevenir de la falta de ejercicio.

### Juan Salazar

Juan Salazar era un buen alumno. Sumiso, obediente y estudioso, todos los años salía sobresaliente en sus exámenes. Sin embargo, no tenía afición alguna á la gimnasia, y sólo los mandatos del padre habían conseguido que aprovechara las horas señaladas, dedicándolas á tan saludable ejercicio.

Una noche—tendría unos quince años—se despertó sobresaltado por la gran claridad que iluminaba su cuarto; salta de su cama y corre á la ventana. Una inmensa hoguera azuzada por el viento se presentó á sus ojos; el cuerpo del edificio donde habitaban sus padres estaba ardiendo. Grita.... y le contestan unos gritos desgarradores; su madre con dos hermanitas no podían bajar por la escalera; estaba incendiada.

¿Qué hacer?... Sereno, resuelto, gracias á su agilidad, desciende por la ventana, trepa apoyándose en los zócalos, ventanas y cornisas, llega donde estaba el fuego, y salva á la madre y á las hermanitas de una muerte segura.

### El alma

El hombre es un sér compuesto de cuerpo y alma; esta última es la parte más noble de nosotros mismos.

Vamos á estudiar ahora su naturaleza y los deberes que tenemos con ella.

Nuestra alma es *espiritual*. No tiene extensión ni figura, no la podemos ver ni tocar, ni percibirla con otro sentido cualquiera. Está unida á nuestro cuerpo y sabemos que existe porque se manifiesta en ciertos actos que éste, por sí solo, es incapaz de ejecutar.

Nosotros pensamos, sentimos, queremos: hé ahí otras tantas acciones que el alma y nadie más puede ejecutar.

Las tres facultades del alma son: la *inteligencia*, la *sensibilidad*, la *voluntad*.

La *inteligencia* es el poder de conocer, de juzgar, de razonar: ella nos permite buscar la verdad, conocer á Dios, apreciar las bondades de nuestros padres, el valor de la educación que ellos nos hacen dar.

La *sensibilidad* es la facultad de gozar y sufrir, desear y temer, amar ó aborrecer.

En fin, la *voluntad* es la facultad de querer. Cuando empezamos un trabajo, es porque hemos *querido* hacerlo; si *queremos*, lo podemos suspender y necesitamos *querer* nuevamente para continuarlo. La *voluntad* es la que puede *querer* ó *no querer*.

Un niño tiene en la mano una moneda que la madre acaba de darle; se propone comprar con ella un juguete; y va saltando de alegría por la calle. La *inteligencia* le hace conocer que lo que posee es una moneda, le dice cuál es su valor y le dice también que con ese dinero se puede comprar golosinas y juguetes ó libros y cuadernos; y la *sensibilidad*, le hace sentir alegría por los goces que va á experimentar. Pero pasa por su lado un niño pobre, quien implora su caridad, pidiéndole limosna. La acción de la *voluntad* se va á manifestar, sea rehusando el socorro pedido y reservando la moneda, sea dándosela al niño pobre para ayudarlo en sus desgracias.

No sólo la *voluntad* es libre, sino toda nuestra alma. En el fondo de la conciencia se encuentra el sentimiento invencible de nuestra libertad.

Cuando hacemos una cosa, comprendemos que podríamos no hacerla. ¿Quién impediría que pensáramos? ¿quién que sintiéramos una desgracia?

En fin, el alma es *inmortal*. No envejece con el cuerpo ni muere cuando éste muere.

En la vida del mundo, jamás alcanzamos á ser felices, y, sin embargo, deseamos serlo. Dios, que es infinitamente bueno, no puede haber puesto en el corazón este deseo y destinarlo á que nunca se satisfaga. Si en el mundo no somos felices, es porque lo sere- mos en la otra vida.

El sentido común nos dice que toda acción buena debe tener recompensa, y castigo las malas acciones. En el mundo, no siempre la recompensa y el castigo son para quien lo merece: hay, pues, otro mundo á donde irá nuestra alma y en donde la justicia no será jamás violada.

Todos los pueblos han creído en la inmortalidad del alma: los Egipcios, los Griegos, los Romanos; ¿por qué no hemos de creer nosotros? ¿Se equivocarán los hombres todos que habitan la tierra?

#### CUESTIONARIO

Existencia del alma, inducida de los fenómenos de *querer*, *sentir* y *pensar*.—Sus facultades con ilustraciones concretas como la de la moneda.—Libertad é inmortalidad del alma.

#### Veracidad

La inteligencia tiene por objeto conocer la verdad. El hombre debe amar la verdad,

y no sólo amarla, sino también buscarla en todos los actos y en todas las ocasiones.

La mentira rebaja y degrada al hombre. El deshonor acompaña á la mentira y no abandona al embustero, como la sombra no abandona al cuerpo.

La mentira es una acción mala, cobarde y vil. El mentiroso se atrae el desprecio en general. Por el contrario, nadie rehusa su amistad á quien tiene reputación de sincero en sus actos y palabras.

El perjurio y el falso testimonio son las formas más odiosas de la mentira. Por el perjurio, se miente á Dios. Y quien da falso testimonio vale menos que un animal ó una cosa, porque quien tal hace no tiene el valor de expresar sus verdaderos pensamientos.

Mala costumbre es esa de los niños de jurar á cada momento y por cualquier cosa. Cuando un hombre ha adquirido reputación de sincero, se oye con el mayor respeto cuanto dice, sin necesidad de juramentos.

Es también un deber de dignidad personal guardar silencio sobre los pensamientos íntimos del corazón.

No debe confundirse la *ficción* con la mentira. Las novelas, dramas, poemas, son fic-

El ignorante es siempre desconfiado, receloso.

Está siempre sujeto á todos los que saben más que él, porque los necesita á cada instante: la ignorancia es una esclavitud.

Además esta alma, esta hermosa alma que todos poseemos, merece ser educada, embellecida. El ignorante es tan tonto como aquel que posee un diamante y no quiere pulirlo para que vierta luz.

El niño que se abandona á la pereza, camina en sentido opuesto al de sus intereses reales.

La pereza es una cobardía, un disgusto por el trabajo, que hace descuidar las obligaciones antes que violentarse.

La pereza es, como hemos dicho ya, la madre de la ignorancia y de todos los vicios.

XVed la conducta de un perezoso en la clase; es tardío para empezar, no hace esfuerzo para triunfar de las dificultades que presenta siempre el trabajo. Está fastidiado, es infeliz: las lecciones son para él muy largas, aunque no se toma el trabajo de estudiarlas. Sus compañeros no le aprecian; paulatinamente se hace blanco de sus bur-

las. Sin embargo, pasan los meses y los años consagrados á su educación sin haberlos aprovechado, y sale de la escuela en una ignorancia vergonzosa. ¡Cuánto lo sentirá más tarde, precisamente cuando ya no pueda instruirse!

El niño trabajador siente, al contrario, la satisfacción del deber cumplido, un júbilo interior que trasciende á su semblante gozoso. ¡Ojalá sea duradero ese júbilo, queridos niños! Así y no de otro modo se reconocen los esfuerzos y cuidados de vuestros maestros y los sacrificios que vuestros padres se han impuesto para aseguraros por la instrucción, vuestro porvenir y la felicidad de vuestra vida.

#### CUESTIONARIO

Obligación de desarrollar la inteligencia.—La ignorancia es una esclavitud.—Presentar un caso concreto que pruebe esto.—Consecuencias de la pereza.

#### **La pereza**

Qué gusto da vivir sin hacer nada!

Si yo pudiera llevarlo á cabo, formaría un plan excelente para no pasar molestia alguna ni fatigarme nunca.

Me levantaría todo los días á las once.

En invierno no se atreve uno á sacar los dedos de la cama, porque se quedan heladitos.

En verano está el cuerpo tan cansado, que no dan ganas de moverse.

Almorzaría en la cama, por supuesto.

Después descansaría un buen rato y haría que me vistiera mi ayuda de cámara.

Lavarme... no hablemos de eso; ¡cuesta tanto trabajo lavarse!

¿Y para qué? para volverse á ensuciar en seguida.

¡Buena tontería!

Cuando ya me hubiesen vestido, me asomaría al balcón, si el tiempo está bueno, oyendo el débil crujido de la leña al encenderse quejándose como si la doliera.

Cuando comenzara á fastidiarme de esta ocupación, tocaría un timbre y mandaría al criado que engancharan el carruaje.

Porque lo que es yo no comprendo cómo hay quien anda por sus piés pudiendo ser llevado por los ajenos.

Al regresar del paseo había de tener la comida preparada.

Después me haría conducir al teatro ó al circo, á un palco donde pudiera estar con toda holgura y marcharme cuando quisiera, sin que me molestara nadie. Desde la función á casa, y á dormir.

¡Qué buena vida!

Nada de colegio ni de estudio.

Teniendo una buena renta, ¿para qué me hacía falta saber tantas embrollas?

Así pensaba Juanito, niño de doce años, y así en tales términos, poco más ó menos, lo repetía á sus camaradas cuando se reunían y formaban castillos en el aire sobre el porvenir.

Por desgracia de Juanito, su dorado sueño, su famoso plan, llegó á realizarse.

Era un niño débil y enfermizo, pues sus mismos hábitos de pereza le hacían evitar toda clase de fatigas y ejercicio, tan necesario á su edad para el desarrollo corporal, y su entendimiento se hallaba igualmente en un estado de atraso lamentable.

Su padre, honrado industrial, pero de pocos alcances y que profesaba á su hijo un cariño excesivo, aunque muy mal entendido, preocupado con la falta de salud del niño, toleraba sus faltas y le dispensaba y aun alentaba su holgazanería, sin comprender que con este sistema resultaba un efecto diametralmente opuesto al que se proponía.

Una herencia cuantiosa é inesperada que legó un pariente al padre de Juanito, agravó su situación.

Al verse millonario, el industrial, secundando los deseos del niño, le rodeó de toda clase de comodidades, fomentando de día en día su vicio dominante; y temeroso de su salud, que por la misma razón empeoraba ostensiblemente, abandonó completamente su educación intelectual, eximiéndole de toda clase de estudios y ocupaciones, y confiando néciamente en su riqueza, que de nada sirve si no hay fortaleza en el cuerpo para disfrutarla é inteligencia para conservarla y hacerla útil á la sociedad.

Así transcurrieron algunos años, hasta que ocurrió

la muerte del padre de Juanito, dejando á éste hecho un joven ignorante, débil y con todas las apariencias, por su aspecto y sus costumbres, de un anciano sexagenario y achacoso.

Como no sabía ni podía hacer nada, la fortuna que le dejó su padre iba disminuyendo, pues de nada se privaba para su comodidad, é incapaz de intentar por sí nada de provecho, confió á un especulador sus intereses, seducido por la promesa de triplicar su capital sin necesidad de trabajar.

El especulador era un petardista que le dejó arruinado, y Juanito se vió en lo mejor de su edad enfermo, pobre y sin solución alguna para remediar su triste situación.

Sin fuerzas físicas ni morales para procurar su bienestar, se abandonó á una profunda melancolía que agravó sus achaques, y recogido por la caridad murió en un hospital, comprendiendo, aunque tarde, los terribles efectos de la holgazanería y la pereza.

ENRIQUE CEBALLOS QUINTANA.

### **Modestia—Paciencia—Valor Dignidad personal**

*Modestia.*—Ser modesto es poseer el sentimiento íntimo y exacto de lo que valemos.

La modestia debe ser no solamente *exterior*, sino también interior. La *exterior* consiste en no hacer sentir á los demás nuestra

superioridad, dado que la tengamos; la *interior* consiste en no engañarnos nosotros mismos creyéndonos mejores de lo que somos.

La modestia es la virtud que distingue á los hombres de algún mérito. Los ignorantes, los tontos no son modestos; se creen siempre más de lo que son, hablan continuamente de sí mismos y se alaban con cualquier motivo.

La modestia se manifiesta en los modales, en la manera de hablar. El niño que tiene aire de atrevido, que no puede quedarse quieto, parado ni sentado, que habla en voz alta y por cualquier cosa, es falto de modestia y se hace poco estimable.

Cuando se consigue pasar á los compañeros y ser el primero de la clase, se presenta una ocasión para mostrarse y ser modesto; debemos evitar esos aires de triunfo que hieren á los compañeros.

Todos tenemos defectos, y nuestros esfuerzos deben tender á cortarlos de raíz. La primera condición para llenar esta tarea es saber que los tenemos, sin enceguecernos porque son nuestros. No, por el contrario; cuando nuestros padres ó maestros nos indican un defecto, agradezcamos esta señal

de aprecio é interés, y probémosles que deseamos aprovechar sus buenos consejos, tratando de corregirnos.

*Evitar el orgullo, la frivolidad, la vanidad.*—

El orgullo es el excesivo amor de si mismo, de lo que resulta el creerse mejor que los demás, por lo que el orgulloso desprecia á todos como si fuesen criminales ó perversos.

El orgulloso esconde sus defectos, y afecta virtudes que no tiene. Quiere ser admirado y aplaudido en todo lo que hace, y trata de obtener las simpatías y alabanzas de quienes lo escuchan; estas últimas las busca con ardor, las recibe con avidez, y si no se las dan se irrita y se agría. Da mucha importancia á lo que concierne á su persona; procura y espera siempre producir efecto, entusiasmo. La altísima opinión que tiene de sí mismo y sus méritos le hace despreciar á los demás, y no ve que son mejores que él.

Probablemente habréis encontrado en la calle, alguna vez, un niño orgulloso. Pasa por vuestro lado con la cabeza alta; tiene un no sé qué de repelente y desdeñoso; no hay dulzura ni bondad en su mirada.

Si un condiscípulo le pide un favor, un

serviente le habla, ó le pide limosna un pobre, servirá al condiscípulo, contestará afectuosamente al serviente y dará limosna al pobre, pero haciéndoles sentir su superioridad.

El orgullo ha secado su corazón y lo ha hecho egoísta. No puede sufrir que le contradigan; tan alta idea se ha formado de sí mismo, que los consejos más cariñosos le parecen ofensas. Si comete una falta, mentirá antes que confesarse culpable.

Vosotros no haréis así, niños queridos. Si descubris en vuestro interior alguna tendencia al orgullo, la combatiréis con energía, acordándoos que á vuestra edad no hay nada que os eleve sobre los demás. Nada poseis adquirido por vosotros. Los dotes de la inteligencia, las ventajas físicas os las han dado; la poca ciencia vuestra la debéis á los maestros, y apenas sabéis qué es la virtud.

*Vanidad.*—La vanidad es un orgullo poco desarrollado. El vanidoso busca también las apariencias, llamar la atención y atraerse las miradas; pero escoge medios mezquinos, se alimenta de puerilidades. El niño vanidoso habla sin cesar de sí mismo. Si sus

padres son ricos, lo repite en alta voz en todos los momentos, sin pensar en el ridículo en que se pone queriendo que lo admiren porque su padre es rico.

*Frivolidad.*— La coquetería y la frivolidad son otras dos formas del orgullo; se ocupan ambas de pequeñeces y de las ventajas exteriores, como la apariencia, el arreglo del vestido, un traje nuevo, ¿qué sé yo? . . .

¡Qué de trabajos fastidiosos aceptan, con tal de agradar y hacerse admirar después!

La coquetería en los vestidos y la frivolidad en los gustos indican el hombre ligero.

Las personas serias no se preocupan de estas bagatelas.

Los vestidos, que son necesarios para cubrir el cuerpo, no deben ser para nosotros más que una cosa secundaria y jamás una preocupación.

*Paciencia y valor.*— Todos vosotros sabéis que hay hombres de valor, es decir, hombres que no tienen miedo á los peligros ni á los sufrimientos, ni aun á la muerte misma.

Sin ser tan brillante como el valor militar, no es menos meritorio el valor que resiste las duras lecciones de la desgracia; que no se apaga cuando postra al cuerpo alguna enfermedad, por larga y dolorosa que sea; que no se desmaya frente á un revés de fortuna que conduce á la pobreza con sus privaciones de todo género, á esa pobreza completa que exige un trabajo incesante sin diversiones de ninguna clase.

Las almas nobles deben soportar sin encolerizarse todos estos males

Pues bien, este valor de todos los días, de todos los instantes, toma el nombre de paciencia. Esa constancia en sufrir es tan meritoria como el valor del soldado que combate con el enemigo y rechaza el ataque que nos amenaza.

Morir agobiado por el peso de la vida y sus penas, sería una cobardía. El valor no consiste en resignarse tranquilamente; debe mostrarse en acciones que son indispensables para cumplir los deberes de padre, esposo y ciudadano.

Un padre de familia pierde su fortuna: debe buscar los medios de mantener á los suyos trabajando honradamente. Y puede

sucedir también que un niño tenga que cumplir iguales deberes, que cumplirá siempre sin quejarse, cualquiera de corazón generoso.

Hay niños que mantienen al padre ó á la madre enfermos y cuidan de la educación de sus hermanitos más pequeños. Todos los días, felizmente, vemos ejemplos de abnegación en este punto.

No solamente debemos tener paciencia con la desgracia, sino también moderación en la prosperidad.

“No hay menos debilidad en no ser moderado cuando la fortuna nos sonríe, que cuando nos es contraria; nada hay más bello en la vida que un alma siempre igual, un rostro siempre sereno.”

El verdadero valor moral es el de vencerse á sí mismo; este valor es el más digno á las ojos de Dios que el valor militar: el primero hace los hombres, el segundo los mata.

*Dignidad personal.*—El hombre es el rey de la naturaleza; Dios ha sido pródigo con nosotros: el alma humana está hecha á imagen suya, y nuestro cuerpo es una obra maestra que no nos cansamos de admirar.

Podemos estimarnos á nosotros mismos en poco y en mucho. Como *animal*, el hombre es uno de tantos, con órganos más ó menos perfectos; pero como *animal inteligente*, somos superiores á todo lo que existe sobre la tierra.

Esta noble soberbia no nace de la posición social que ocupamos en el mundo: el rico vale tanto, moralmente considerado, como el pobre.

Esto hará rechazar todo lo que nos rebaja á nuestros propios ojos: la adulación, la hipocresía, el orgullo.

Sufriréis las desgracias con paciencia; no os quejaréis por un sufrimiento leve; en la hora de la muerte, sabréis tener calma y valor.

#### CUESTIONARIO

*Modestia*.—¿Qué se entiende por modestia?— Extensión de la modestia.

*Orgullo*.— Caracteres que presenta.

*Vanidad*.— Sus caracteres.

*Frivolidad*.— Sus caracteres.— No debe confundirse la decencia y limpieza en el vestido con la coquetería.

*Paciencia y valor*.— Grandeza de aquella virtud.— Debe ser una virtud *activa*, por decirlo así.— Moderación en la prosperidad.— Verdadero valor.

*Dignidad personal*.— Origen, extensión y límites de la dignidad humana.

**La taza rota**

(Siglo XIX)

Una hermana de la Orden de San Vicente de Paul, estaba cuidando á un granadero herido y enfermo de gravedad. Acostumbrado aquel militar á la vida de los campos y al desorden de la guerra, no tenía ningún respeto por la santa profesión ni por la abnegación de su bienhechora, pues rechazaba frecuentemente con rudeza sus solícitos socorros, y algunas veces la llenaba de groseras injurias. La buena religiosa oponía á estos insultos una paciencia inalterable, y acababa por vencer á fuerza de bondad el indómito genio del soldado.

Un día que padecía más que de ordinario, se le acercó la hermana con una medicina que había recetado el facultativo. El enfermo la rechaza y ella insiste con dulzura. De la negativa pasa á las injurias y amenazas; pero la hermana le suplica que piense en el peligro en que le pone su obstinación. Por último, convencido el militar de que no podía librarse de su importunidad, finge ceder, toma la taza que le presentan y arroja el contenido al rostro de la religiosa.

Esta piadosa mujer se alejó sin murmurar; pero al cabo de unos instantes volvió á la cabecera de la cama del enfermo con la misma bebida, que había preparado de nuevo. Apurada la paciencia del granadero por una constancia que él toma por terquedad, se enfurece, agarra el vaso y lo estrella contra el suelo, salpicando los vestidos de la reli-

giosa. Esta vez pensó que, despues de tal ultraje, la caritativa mujer no se expondría á recibir otro; pero el militar no conocía más que el valor de los campos de batalla, y no tenía ninguna idea del que puede dar la religión.

La hermana se acerca por tercera vez al enfermo con otra bebida preparada de nuevo, y le dice: "Tomad esta medicina, os lo suplico; no me neguéis este favor." El enfermo no sabe ya si debe creer lo que oye; un enternecimiento involuntario sucede á su dureza y se arrasan de lágrimas sus ojos:

—"¡Sois un ángel!" exclama; y tomando la medicina se la traga sin titubear.

Este hombre debió la vida á la piadosa perseverancia de aquella á quien había tratado como á una enemiga.

BARRAU.

### El adúlador castigado

Damocles, cortesano de Dionisio, ponderaba la opulencia del tirano, el número y el valor de sus soldados, la extensión de sus dominios, la magnificencia de sus palacios, sus riquezas de toda clase, y concluía diciendo que no había habido nadie tan dichoso como él.—"Puesto que todo eso os admira tanto, le dijo el tirano, ¿queréis difrutar un poco de esas delicias y ver por vos mismo cuál es mi suerte?" Damocles consintió en ello poseído de júbilo. En seguida le hacen sentar en un sόlio de oro adornado de piedras preciosas; se le rodea de

todo el lujo de los reyes; una suave música deleita sus oídos; las flores y los perfumes embalsaman la atmósfera; los criados, con muestra del más profundo respeto, colocan una mesa ante él y le sirven los manjares más exquisitos y los vinos más deliciosos. Damocles está transportado de alegría; pero en medio de su regocijo, levanta los ojos y ve una espada afilada, suspendida sobre su cabeza por orden de Dionisio, la que sólo estaba sostenida del techo por una cerda de caballo. Desde aquel instante no vieron sus ojos los encantos que le rodeaban; ya no oyó la melodía de la música; desapareció el apetito que habían despertado en él los manjares, y no quiso probar los vinos. Pálido, tembloroso, dirigía sin cesar la vista á aquella cuchilla pronta á caer sobre su cabeza.—¿Qué te parece mi suerte? le dijo Dionisio con ceñudo semblante; ¿estás contento? —¡Oh! basta, basta, respondió el cortesano con apagada voz, y obtuvo permiso del rey para dejar el sitio donde estaba sentado; sitio brillante, sí, pero en extremo peligroso. Todo el que se eleva por medios ilícitos tiembla sin cesar esperando el castigo merecido que está como suspendido sobre su cabeza y puede anonadarle de un momento á otro. El que está de este modo dominado por la zozobra no puede gozar de ningún placer, y esto es lo que quiso dar á entender Dionisio al suspender sobre la cabeza de Damocles la espada que sólo pendía de un hilo.

## CAPÍTULO II

### DEBERES CON LOS PADRES

Obediencia, respeto, amor y gratitud.—Auxilio en las enfermedades y en la ancianidad.—Amor y protección entre los hermanos.—Afabilidad con los sirvientes.—Buen trato á los animales.

Juan había perdido á su madre algunos días después de nacer. Su padre había sido muerto en la última guerra, defendiendo á su patria. El pobre niño quedó, pues, huérfano desde muy joven. Unos vecinos caritativos le recogieron, y fueron realmente buenos para él.

Sin embargo, todos le tenían lástima y cuando lo encontraban, siempre decían: ¡Pobre niño! ¡qué desgraciado... no tiene padre ni madre! Y, en efecto, era un desgraciado, pues no tenía familia, y sus protectores no podían quererlo como quiere un padre, como quiere una madre.

Un padre y una madre aman á sus hijos

mil veces más que á sí mismos: los rodean de los más tiernos cuidados, los protejen contra los peligros á que están expuestos por su debilidad é inexperiencia: de día, de noche, á todas horas velan por ellos. Son ellos los que satisfacen sus necesidades, los alimentan los vistan y los hacen instruir. Nada son para los padres el trabajo, la fatiga, los sacrificios, si es que consiguen hacerlos felices.

Pues bien, si vuestros padres cumplen con tanto empeño su admirable misión, vosotros también tenéis con ellos ciertos deberes que cumplir.

Estos deberes son: *obediencia, respeto, amor y gratitud.*

*Obediencia.*—El primer deber que tenemos para con nuestros padres, es el de la obediencia. El niño es incapaz de conducirse en el mundo, porque carece completamente de experiencia.

Si vuestra madre os hubiera abandonado cuando pequeñitos, os habríais quemado con el fuego, cuyo brillo llamó vuestra atención cortado cien veces con los instrumentos cortantes que no sabéis manejar; en fin, habríais;

sufrido mucho, antes de llegar á vuestra edad.

Está, pues, en vuestro interés obedecerles.

La obediencia filial debe ser *entera*, es decir, que se extienda á todo, aun á los pequeños detalles de la vida: levantarse, comer, trabajar, etc., tal como lo mandan nuestros padres.

La obediencia debe ser *absoluta*. El niño no debe discutir las órdenes que recibe de sus padres. Debe ejecutarlas sin murmurar, siempre que no sean contrarias á las leyes de la conciencia, á la dignidad humana.

Por último, la obediencia debe ser *voluntaria*. No obedecemos á nuestros padres por miedo, sino porque los amamos y sabemos que el niño desobediente los entristece.

Esta razón sola nos impulsará á obedecer siempre en todo á nuestros padres.

*Respeto*.—Debéis respetar á vuestro padre y á vuestra madre, es decir, atender sus advertencias, pedirles consejos, recibir con docilidad sus amonestaciones y reprimendas, tener para ellos palabras y modales humildes, cualesquiera que sean su edad, su posición ó sus achaques.

“ Debemos honrar durante su vida y después de su muerte á los autores de nuestros días: esta es la primera, la más sagrada de nuestras deudas; todos los bienes que poseemos pertenecen á aquellos de quienes hemos recibido la vida y la educación; debemos consagrarlos sin reservas á su servicio, comenzando por los bienes de la fortuna, siguiendo por los del cuerpo, y concluyendo por los del alma; pagándoles así los cuidados, las penas, los trabajos que nuestra infancia les ha costado. Es necesario, además, que, durante toda su vida, se hable á los padres con religioso respeto. Y debemos excusar sus errores si los cometen, pensando que el padre que se cree ofendido por su hijo tiene el derecho de irritarse<sup>1</sup>. “

El niño que habla con sus padres con altanería, que discute con ellos como lo haría con un discípulo, que no guarda cierta cortesía necesaria y que no hace caso de sus observaciones, no comprende el deber del respeto filial.

Entre los persas, los niños jamás se sentaban en presencia de sus padres, y Darío

uno de los reyes, cumplía religiosamente este deber.

*Amor y gratitud.*—Pero no basta obedecer y respetar á nuestros padres; el desinterés que tienen con nosotros, exige nuestro amor y gratitud. En la infancia, no podemos probarles nuestro cariño sino cumpliendo fielmente nuestros deberes, tratando de satisfacer sus menores deseos, rodeándolos de atenciones, buscando evitarles el disgusto más pequeño, la más ligera pena.

Todo lo debemos á nuestros padres. Nos han alimentado, protegido, y sin los tiernos cuidados de nuestra madre no existiríamos, pues cuando niños no nos bastamos á nosotros mismos. Demostremosles nuestra gratitud por todos los medios; jamás haremos otra cosa que devolverles pequeña parte de lo que hicieron con nosotros.

Estos sentimientos de amor y gratitud están de tal modo en nuestro corazón desde que nacemos, que un hijo ingrato es un mónstruo que causa horror.

#### CUESTIONARIO

Amor de los padres á sus hijos.—De los hijos á los padres: *Obediencia.*—Razón y condiciones de la obediencia filial.—*Respeto.*—Deber estricto de respetar á los padres y honrarlos.—*Amor y gratitud.*

### Amor maternal

En una de las más hermosas islas del Paraná, había una casita solitaria donde moraba la buena Clementina, cuyas virtudes y cariño formaban las delicias de su marido y de sus hijos.

Hallábase un día ausente su marido, y los dos niños Antoñita y Rodolfo jugaban cerca de la casa; mas de repente oye Clementina gritar á su hijo; sale corriendo muy asustada y se estremece viendo á Rodolfo que conducía á su hermanita temblorosa y espantada.—“Mamá, mira cómo corre la sangre de la mano de Antoñita; la ha picado una víbora.”—Clementina grita entre sollozos:—“¡Ay, mi hija! ¡Hija mía! ¡Una víbora! ¡Socorro!

En aquel momento pasaba un hombre que iba muy de prisa; y con voz entrecortada le suplicó se detuviera y viniera en su ayuda.

—“Señora, dijo el viajero, no puedo detenerme más: no sé más que un remedio; procuraos un perro que chupe el veneno de la herida, pero apresuráos, no perdáis un momento.”

Marchó el hombre, y Clementina se vió próxima á caer por tierra, como sobrecogida de un vértigo. Pintábase la desesperación en su pálido semblante; pero un instante después apareció la calma en su rostro, y se irguió trasportada de júbilo.

—“¡Que chupe un perro el veneno de su herida! No, un perro no lo haría, pero una madre

puede hacerlo, y lo hace." Toma en seguida el brazo de su hija, aplica sus labios á la herida, y chupó largo tiempo con indecible ardor.

A todo esto llega el padre, y viéndole venir Rodolfo, corre á su encuentro y le refiere lo sucedido y lo que ha hecho su madre. El joven esposo palidece de terror, sus piernas vacilan y tiene que apoyarse en un árbol.

—“¿Qué tenéis padre?” exclama el niño dirigiéndose á socorrerle; en aquel momento calló al suelo el bastón que su padre tenía en la mano. Al ver el niño aquel bastón, en el que había una culebra enroscada, retrocedió espantado gritando: —“¡Esa es, esa es la víbora que ha picado á mi hermana!” —“¿Qué es lo que dices hijo mío?” exclama el padre volviendo en sí; “¡qué! ¿era igual á esta la culebra que ha picado á tu hermana?” —“¡Sí, papá, enteramente igual!”

Su padre respira entonces y da un grito de alegría: —“¡Loado sea Dios! exclama; el reptil que ha picado á Antoñita no era una víbora, es una culebra; su picadura no es peligrosa y Clementina no ha chupado veneno alguno.”

Llega á la casita con los ojos arrasados en lágrimas; abraza á la madre y á la hija, la estrecha largo rato contra su pecho, y dice ébrio de gozo:

—“¡Qué miedo me has causado! pero gracias á Dios, el reptil no era venenoso. Todavía viviremos juntos: jamás olvidaré tu maternal cariño, y nuestros hijos tampoco lo olvidarán.”

**Lo que costamos á nuestros padres**

Un inspector visitaba un día una escuela y preguntó al director cuál era el alumno que calculaba mejor. Una vez que supo quién era el más aventajado:—“Voy á hacerte, dijo el inspector, una pregunta difícil.”

—¿Cuánto cuestas tú hasta ahora á tus padres?

Alberto, no pudiendo contestar, inclinó la cabeza sin decir nada.

—Nunca has sacado la cuenta, seguramente; sin embargo, esta es una cuenta importante; los niños no piensan bastante sobre este punto. Veamos; vamos á contar juntos. Alimentos, vestidos, lavado, planchado, etc.; bien podemos poner por todo cincuenta centavos diarios.

—¡Oh! dijo el niño, creo que es muy poco.

—Al mes, cincuenta centavos diarios serían quince pesos nacionales. Ahora, ¿cuántos meses tiene el año?

—Doce.

—Bien; ¿y qué edad tienes tú?

—Doce años.

—Calcula, pues, cuánto has costado á tu padre hasta aquí.

El niño hizo el cálculo.—“2160 nacionales”, dijo sorprendido y como asustado de una cantidad tan grande.

—Eso no es todo, agregó el inspector; debemos contar todavía los gastos de médico y botica

cuando has estado enfermo; los libros para la escuela, los paseos. Piensa también en las fatigas de tu mamá para cuidarte, las noches enteras que cariñosa ha pasado á tu cabecera; piensa en las fatigas de tu papá, que trabaja todo el día para sostener tu familia, y dime: ¿el amor, los pesares, las fatigas, pueden calcularse en dinero?

—¡Oh! ¡no! respondió Alberto.

—Y bien, si todo eso no puede valorarse en dinero, ¿cómo podrías pagar á tus buenos padres todo lo que han hecho por tí desde que has nacido?

El niño pensó un momento y dijo:

—Queriéndoles mucho, obedeciéndoles siempre, y cuando sea hombre trabajando para ellos.

—Tienes razón, querido niño; sólo una buena conducta y un corazón amante puede recompensar á nuestros padres.

### **Auxilio en las enfermedades y en la ancianidad**

Cuando seáis suficientemente fuertes para ayudar á vuestros padres en sus trabajos, consideráos felices de hacerlo. El cumplimiento de los deberes de amor filial, trae consigo mismo su recompensa. Una hija que ayuda á su madre en los quehaceres domésticos, un hijo que ha podido aliviar á su padre en sus rudas tareas, necesarias para el

sostén de la familia, gozan de una felicidad que sobrepasa á todos los placeres.

Día vendrá en que ya no seréis niños. Vuestros padres no ejercerán entonces esa autoridad que se traduce en órdenes y prohibiciones. Habréis formado otra familia, y seréis su jefe; pero siempre subsistirán los deberes que debéis cumplir con vuestro padre y con vuestra madre. El respeto, el amor, la gratitud, no son únicamente deberes de la juventud; al contrario, parece que se engrandecieran con los años. Mientras dura la infancia, todo lo recibimos de nuestros padres sin darles absolutamente nada nosotros, á no ser el cariño que tienen siempre los buenos hijos. Más tarde, debemos tratar de disminuir, ya que es imposible pagar esta gran deuda de gratitud.

La vejez con sus enfermedades hará preciosos los cuidados de la afección filial. Entonces seréis pródigos en servicios, que nunca serán suficientes á vuestro juicio.

En esas circunstancias, el niño debe sacrificarse para llenar las necesidades de sus padres.

En otros países, las leyes exigen al hijo que mantenga á sus padres, si éstos carecen

de recursos; pero los padres no deben nunca tener que recurrir á la ley; pues felizmente para ellos y para el honor de la humanidad, los malos hijos no abundan.

Por el contrario, siempre encontramos buenos ejemplos de desinterés filial llevado hasta el sacrificio.

#### QUESTIONARIO

¿Cómo se traduce en hechos la *gratitud* á sus padres?— Necesidad de que continúe el respeto hacia los padres, aun después de llegados los hijos á la mayor edad.

### **Amor y proteccion á los hermanos**

Uno de los grandes placeres que debemos procurar á nuestros padres, es el de amar á nuestros hermanos, viviendo en buena armonía con ellos. Vínculos muy estrechos os unen mutuamente; los padres comprenden á todos en una misma y tierna afección; vivís bajo el mismo techo, vuestros intereses son iguales. ¿Qué puede haber más hermoso y más dulce que el amor fraternal, que nace desde la cuna y se agiganta con los años?

Y esta unión, ese desinterés fraternal no debe limitarse á los años de la infancia y adolescencia; es necesario que mientras dure

la vida, dure la unión entre hermanos y hermanas; que las alegrías y las penas de uno sean siempre las alegrías y las penas de los demás.

↳ Catón, á quien se le preguntó un día quién era su mejor amigo, respondió:

—Mi hermano.

—¿Y después?

—Mi hermano.

—¿Y en seguida?

—Todavía mi hermano.

Un historiador afirma que el mismo Catón, cuando niño no jugaba ni paseaba con otro que no fuera su hermano.

La edad da al mayor sobre los más jóvenes el derecho de aconsejarlos y reprenderlos, y cuando la falta es grave, la lección debe ser severa, pero sin dureza, sobre todo sin acrimonia ni burlas, que indican desprecio. Al mismo tiempo que un censor, el hermano debe saber que tiene también, presentándose el caso, en el otro, un amigo que le excusa delante de sus padres, un abogado que le defiende.

Al lado del derecho de aconsejar y reprender, el mayor tiene el deber de dar siempre buen ejemplo.

¿Qué pensaríamos del hermano mayor, capaz de ser más sensato, más ilustrado y razonable, si diera á sus hermanitos el mal ejemplo de la desobediencia, de la pereza, de falta de respeto á sus padres ó maestros?...

Los deberes del hermano mayor se hacen múltiples en la circunstancia tristísima de la muerte del padre y de la madre. Entonces, aquél y la hermana mayor heredan la misión seria del padre y la madre. ¡Nada más conmovedor que esos jóvenes jefes de familia que la desgracia ha convertido en hombres maduros, y que se muestran verdaderamente dignos de tan noble tarea!

#### CUESTIONARIO

Pureza del cariño fraternal.—Deberes del hermano mayor,—de los menores.

#### Amor fraternal

En una de las numerosas guerras civiles que han tenido lugar en la República Oriental, se encontraban tres hermanos de apellido *Valiente*, militando en uno de los bandos en que aquel bello cuanto desgraciado país estaba dividido.

Derrotadas las fuerzas á que pertenecían los *Va-liente*, uno de ellos se ve acometido de improviso por once enemigos que le cercaban, cortándole toda retirada. Un sablazo le desmaya sobre el caballo, y ya se preparaban sus enemigos para ultimarlo, cuando un ginete se abre paso y echa pié á tierra, quita el freno á su caballo y sosteniendo por la espalda al desmayado, le defiende contra sus enemigos, diciendo: *¡Moriremos juntos, hermano!* El hermano vuelve en sí, y entre los dos tienden en el suelo á cinco enemigos. Otro que también se hallaba en la batalla acercóse al grupo y sabiendo que eran sus hermanos, se une á ellos y dice: *Donde mueren mis hermanos, yo muero también.* Una lucha horrible, desesperada, titánica se inicia entonces: acribillados de heridas, estrechados por un número cada vez mayor de enemigos sedientos de la sangre de aquellos tres héroes, defienden su vida hasta el último momento. Mueren y sus cadáveres son respetados, que el valor heroico siempre impone respeto, admiración. Sus restos se enterraban al poco tiempo en la ciudad más próxima, y un cuarto hermano que asistía á la ceremonia, dijo sollozando: *Entierran á los tres porque no estábamos los cuatro*<sup>1</sup>.

### **Afabilidad con los sirvientes**

La infancia es la edad de la subordinación. Los padres por una parte, los maes-

1 Hecho rigurosamente exacto.

tros por otra, ejercen sobre el niño su autoridad incontestable. Se puede decir, pues, que vosotros los niños, no tenéis inferiores. Sin embargo, los sirvientes de vuestros padres sirven también á vosotros, y estáis con ellos en contacto diario. He conocido niños que se imaginaban que los sirvientes eran inferiores á ellos, que les trataban con dureza, soberbia y altanería, que les mandaban hacer cualquier cosa, hablándoles sin cortesía y con arrogancia. Esta conducta no tiene excusas. Los criados son nuestros semejantes, nuestros hermanos; tienen el mismo origen y el mismo destino.

Por sus virtudes pueden ser mejores que aquellos á quienes sirven.

No debemos olvidar tampoco, que su posición es penosa. Desde la mañana hasta la noche deben trabajar sin descanso, aceptar sin quejarse las observaciones que les hagan, las reprensiones á que den lugar. Seréis con ellos, queridos niños, dulces, corteses, indulgentes, sin exigencias desmesuradas, excusándoles cuando cometan algún error ú olvido. En una palabra, os conduciréis con ellos como quisiérais que se condujesen con vosotros, si fuérais sirvientes como

ellos. Los cambios bruscos de fortuna suceden diariamente: el que hoy es servido puede tener que servir á los demás mañana. ¡Oh! si comprendieran los amos el efecto de una palabra bondadosa, seguramente tratarían á los sirvientes con más dulzura, y entonces éstos los recompensarían con un verdadero desinterés.

#### CUESTIONARIO

Afabilidad con los sirvientes. — Defectos generales en el trato que se dá á los sirvientes; sinrazón del orgullo, altanería, etc.

#### Miguel Angel <sup>1</sup>

Siendo ya Miguel Angel más que octogenario, cuidó de día y de noche á su fiel criado Urbino, al que una enfermedad mortal había postrado en cama. Hé aquí en qué términos escribe á un amigo la pérdida de un sirviente:

“Mi querido amigo: yo escribo muy mal, mas sin embargo, os diré alguna cosa en contestación á vuestra carta... Ya sabéis que ha muerto Urbino, lo que ha sido para mí una verdadera gracia de Dios y á la vez una gran pérdida é infinito dolor. Digo gracia, porque después de conservar mi vida durante la suya consus cuidados, me ha enseñado,

<sup>1</sup> Gran pintor, escultor y arquitecto italiano; falleció en Roma en 1564, á la edad de 90 años.

á su muerte la manera de morir bien. Le he tenido en mi casa por espacio de veinte y seis años y siempre ha sido fiel y exacto; y cuando lo había puesto al abrigo de la necesidad, cuando esperaba que me sirviera de báculo en mi vejez, le he perdido, sin que me reste otra esperanza que la de volverle á ver en el paraíso. Dios nos ha dado una señal de ello con su dichosa muerte, pero sentía mucho menos el morir que el dejarme en este pérfido mundo en medio de tantas penas, aunque la mayor parte de mí mismo se ha ido con él. Sólo me queda un dolor inmenso, y ahora me recomiendo á vos."

Esta carta, que demuestra á un tiempo la piedad y la sensibilidad de Miguel Angel, es uno de los rasgos más sublimes y característicos de la historia de este héroe en el arte.

Un célebre pintor de nuestros días ha representado en un cuadro de mérito la escena de Miguel Angel cuidando á su leal sirviente.

### **Buen trato á los animales**

Es un deber de humanidad ser buenos para con los animales; el maltratarlos es un acto inexcusable de barbarie. Muchos animales prestan servicios inapreciables al hombre; y sería poco digno de él que se los agradezca dándoles de palos.

El pintor inglés Hogarth hizo cuatro dibujos que demuestran el modo cómo puede

conducir insensiblemente la crueldad con los animales á la crueldad para con nuestros semejantes, y al crimen.

En el primero de dichos dibujos se ven varios niños atando perros y gatos, tirando á un gallo con la ballesta, haciendo saltar un ojo á un pájaro y pareciendo recrearse mucho en sus sufrimientos. Un niño sale de una casa corriendo á la calle para libertar á su perro, que le están martirizando; llora, suplica á los traviosos muchachos que pongan en libertad al pobre animal, y les ofrece una hermosa torta que estaba dispuesto á comerse con buen apetito; pero los chicuelos le rechazan mofándose de él, y continúan sus despiadados juegos.

En el segundo dibujo, los niños ya son hombres, pero siguen siendo crueles con los animales. Un cochero golpea enfurecido á su caballo con el mango del látigo, mientras el animal, que ha caído al suelo, se halla enredado entre las correas y las varas de un coche. Dos hombres, el uno muy alto y el otro muy grueso, van montados en un pobre borriquillo que lleva además dos medios toneles á manera de un gran cofre; otro hom-

bre le va dando palos por detrás con una horquilla. Por último, un pastor que conduce un rebaño, mata de un golpe á una oveja que el consancio hacía rezagarse.

Por tercero y cuarto dibujo se ven estos hombres, que, dominados por sus brutales costumbres, maltratan niños y mujeres, siendo por tanto condenados á severas penas.

#### CUESTIONARIO

Deber de respetar las obras de Dios. — Consecuencias de la crueldad con los animales.

## CAPÍTULO III

### DEBERES EN LA ESCUELA

#### **Asistencia y aplicación.—Deberes con el maestro Deberes con los discípulos.**

*Asistencia.*—La asistencia constante á las clases es indispensable; la grande obra de la educación no puede llevarse á cabo si vosotros no ayudáis al maestro presentándoos siempre á escuchar sus sabias lecciones y sanos consejos.

Jamás será buen alumno aquel que asiste á la escuela un día sí y otro no, ni el que busca una disculpa para que sus padres no le envíen.

Sólo la pereza ó la aversión á la escuela pueden inducir á cometer tales actos. La pereza no es excusable en un niño lleno de fuerzas y de actividad. La aversión á la escuela sólo se manifiesta en los niños malos, que son precisamente los que más necesitan asistir á ella para purificar su corazón, para

educar su alma. Nada puede por consecuencia, disculpar al niño que no asiste á la escuela, ó que va á ella de mala gana porque lo mandan.

Arrancad de vuestro corazón el fastidio, buscad un motivo cualquiera para alegraros, y veréis así pasar rápidamente las horas destinadas al estudio. Alimentad sentimientos tiernos para vuestros maestros y para vuestros compañeros, y entonces desearéis, estando en vuestras casas, que llegue el momento de ir á la escuela.

Y al fin, se trata de vuestro bien; ¿qué sucede á los niños que no van á la escuela? que permanecen ignorantes, y, ricos ó pobres, son infelices. Si son ricos, porque se encuentran faltos de la consideración social que estimula y satisface; si son pobres, su porvenir es más triste aún: obligados á vivir en las esferas más bajas de la sociedad, tendrán que sobrellevar muchas penalidades, y dirán entonces que la vida es amarga, que no hay bien alguno, que no hay felicidad.

La mayor de las felicidades es la que nace de una conciencia tranquila; y ellos no la tendrán, es cierto. ¡Cuántos se arrepienten,

llegados á viejos, cuando ya no hay tiempo, de no haber querido aprender!

Pensad también en las innumerables criaturas que á la misma hora, más ó menos, van á la escuela en todos los países, aquí bajo un sol ardiente, allí entre nieblas, en botes en los países entrecortados por canales, á caballo por las grandes llanuras, por las nieves al través de solitarias montañas; comparad todos estos trabajos con la facilidad con que vosotros podeis asistir á la escuela, y decid después si no seréis asíduos y aplicados.

*Aplicación.*—Para educaros, es necesario que trabajéis.—El cuerpo no adquiere fuerzas si no se ejercita; la inteligencia no se desarrolla sin el estudio.

Pero no basta tener un buen maestro y estudiar; hay que someterse á sus indicaciones, escuchar su palabra con ferviente atención y aceptar con docilidad sus reprensiones.

Esta sumisión puede parecer difícil, pero recordad que el maestro no quiere otra cosa más que vuestro bien y vuestra felicidad.

Si alguna vez se equivoca, tiene derecho, por lo menos, á vuestro respeto.

Tenéis, como todos los hombres, defectos; pero es fácil arrancarlos de raíz en vuestra edad. Más tarde, estaréis gratos á vuestros maestros por los esfuerzos que hicieron para haceros hombres de bien.

Un maestro educaba á un gran número de niños, puestos por los padres bajo su dirección. Él quería hacerlos hombres virtuosos. Ellos lo encontraban severo algunas veces. Para hacerlos comprender la necesidad de sus correcciones, se valió del medio siguiente: Ordenó á uno que arrancara un pequeño ciprés que se veía en el jardín, y el discípulo lo arrancó sin trabajo, con una mano sola. Le indicó, en seguida, otro ciprés un poco más crecido, que fué arrancado también, pero ya con algunos esfuerzos más que el anterior. En este orden, sucesivamente arrancó tres ó cuatro cipreces, cada uno mayor que el anterior; en el último, fué necesaria la ayuda de varios compañeros.

Finalmente, les mostró uno alto, añoso y copudo que no pudo ser arrancado, á pesar de haberse reunido todos para la obra.

Entonces, el maestro les dijo: "Amigos

discípulos con su franca ingenuidad: "Esta noche nos acostaremos en ayunas, porque no tenemos pan." Entonces otro niño, casi tan pobre como él, le dió parte de su comida, lo que visto por los otros se condolieron de su triste situación, y todos los días se apresuraban á darle no sólo lo que necesitaba, sino también para su padre, que perdía muchos días de trabajo á causa del mal tiempo. Así unos daban pan, otros un centavo, dos ó tres: otros le procuraban ropa y hasta zapatos. De este modo el pobre niño llevaba todas las noches dos libras de buen pan, por lo menos, que servía para cenar, y al día siguiente para desayunarse. Lo más admirable fué que todo el tiempo que duró el invierno se sostuvo en el mismo grado la piedad en los corazones de los niños, sin debilitarse un momento y siempre con el mismo afecto cariñoso.

Cuando mejoró el tiempo, aquellos dos desdichados volvieron á ponerse en camino, dirigiéndose á pié á su tierra, pero llevando grabado el recuerdo de la escuela de Passy.

BARRAU

### Los niños de la escuela de Stanz (1799)

Pestalozzi, célebre por su virtud y su talento, se dedicó á la educación de la juventud. Aceptó la dirección de un establecimiento en Stanz, donde se hallaban acogidos los niños pobres que la guerra había hecho huérfanos y que carecían de toda clase de medios. Estaba sostenido dicho establecimiento con una subvención pagada por el gobierno y con

el producto del trabajo de los niños, que se ocupaban en la jardinería en el buen tiempo, y durante el invierno en hacer tejidos ó hilados. Apenas tenían lo estrictamente necesario. Súpose de pronto que la pequeña ciudad de Altorf, cerca de Stanz, había sido reducida á cenizas por un incendio. Pestalozzi reúne á sus discípulos y les habla de este modo: — “ Altorf ha quedado destruído y puede ser que pasen de ciento los niños que en estos momentos se encuentran sin ropa, sin alimento y sin asilo, ¿queréis que pidamos al gobierno nos permita recibir en este colegio veinte de esos niños?—¡Sí, sí! respondieron á una los escolares. —Pero reflexionad bien lo que pedís, repuso el director. Tenemos poco dinero á nuestra disposición, y no es seguro que nos concedan nada más en favor de los que vengan. Para conservar nuestros medios de existencia tal vez tengamos que trabajar más que hasta ahora, y probablemente habréis de dividir vuestros vestidos y vuestro alimento con ellos. Si no estáis seguros de imponeros estas privaciones sin sentirlo después, no los llaméis á vuestro lado.” Varias veces insistió el director en estas objeciones, haciendo repetir á los niños las mismas palabras que había pronunciado para ver si las habían comprendido; pero ellos perseveraron en su generosa resolución.— “Que vengan, dijeron todos, que vengan, y aunque suceda lo que nos habéis dicho, queremos que dividan con nosotros todo lo que tenemos.” Fueron, en efecto, siendo recibidos y tratados como hermanos.

## CAPITULO IV

### DEBERES CON LA PATRIA

GRANDEZA Y PORVENIR DE LA REPÚBLICA.—

Deberes con la patria.—Obediencia á las leyes.—Servicio de las armas.—Fidelidad á la bandera.—Impuesto.—Voto.

La patria, queridos niños, no es solamente la ciudad ó la provincia donde habéis nacido; la patria es toda la República Argentina para los que han nacido en ella. El amor á la patria es lo que hace palpitar los corazones cuando ella está en peligro. ¡La gloria de nuestros padres es esta patria que nos han dado, libre, fuerte y hermosa, con la grandeza de la libertad!

¡La patria son todos nuestros conciudadanos, grandes ó pequeños, ricos ó pobres!

“¡La patria es la nación que debéis amar, honrar, servir y defender con todas las facultades de vuestra inteligencia, con toda la fuerza de vuestro brazo, con toda la energía, con toda el amor de vuestra alma <sup>1</sup>!”

Nuestra patria es grande, fuerte y hermosa. Nuestro extenso territorio abraza todo el espacio que separa el Ecuador del polo Sud. Llanuras interminables cubiertas de tiernos pastos y surcadas por caudalosos rios; cadenas de altísimas montañas y sierras que encierran ricos minerales de todas las especies; valles extensos, fértiles, cubiertos de mieses, que cuida la afanosa mano del labrador; bosques espesos, con maderas de ebanistería y de construcción y medicinales, superiores á toda ponderación: inmensa línea de costas, sobre rios y mares, abundante de buenos puertos que den abrigo á las embarcaciones: todo, todo eso hace del suelo de nuestra patria una tierra privilegiada, cuyas producciones de todos los reinos, así en cantidad como en variedad, no tienen superior en el mundo entero.

Miles y miles de hombres llegan anualmente á sus hospitalarias playas, atraídos del renombre de sus riquezas y liberalidad de sus instituciones, para vivir del trabajo de sus brazos, á la sombra del azul de su cielo.

Ser argentino es ser ciudadano de este país, es haber nacido en ese hermoso suelo, es

ser descendiente y como hijos de San Martín y Belgrano, de Moreno y Rivadavia, de Lavalle, de Dorrego, de Paz y de cien héroes más, que combatieron generosamente "con todas las facultades de su inteligencia, con toda la fuerza de sus brazos, con toda la energía y el amor de sus grandes almas" por darnos esta patria, fuerte, hermosa, llena de glorias, como véis.

Después de luchar por la independencia y la libertad, nuestra patria, entonando los himnos de la paz y del progreso, marcha á la cabeza de las naciones sud-americanas.

El arado, el ferrocarril y el libro son las armas que lleva á todas partes, para hacer fructificar la semilla que da pan, y la semilla de la civilización.

Los siglos futuros la verán, como ahora, grande, hermosa, respetada y feliz.

Es, pues, necesario ser digno del glorioso título de argentino, honrando, sirviendo y amando á la patria.

#### CUESTIONARIO

¿Qué es la patria?—Grandeza de nuestra patria: ligera idea de sus inmensas riquezas naturales; de su historia gloriosa y pura.

### La hora de la prueba

El ejército independiente de argentinos y chilenos había sido atacado y deshecho por los españoles en la proximidad de la ciudad de Talca la noche del 19 de Marzo de 1818.

Lleva en la historia esta sorpresa el triste nombre de Cancha Rayada.

Cancha Rayada es una página luctuosa de la revolución, el negro fondo sobre cuyas tintas se destacaron los resplandores gloriosos de Maipú.

La luz disipó la sombra como la victoria hizo olvidar el desastre.

Después de luchar con bravura y perder quinientos soldados, la artillería y los bagajes, el ejército de la patria huyó disperso y en derrota. Únicamente el general Las Heras pudo salvar la división de su mando, que ocupaba la derecha.

San Martín, envuelto en el desorden era arrastrado lejos del campo y obligado á seguir la línea caprichosa que le trazaba la incertidumbre de su situación.

Marchaba seguido de dos ayudantes y del trompa de órdenes, tétrico, sombrío, pero enhiesto sobre su caballo de pelea, como un jinete de bronce.

Sus botas cubiertas de polvo se apretaban recias sobre los anchos estribos de su montura.

La musculatura del fatigado bruto se contraía por la acción regular, casi automática, de un trote de muchas horas.

Cuando los dispersos, que en la sombra no se

conocían, pudieron distinguir al general, y los más próximos avisaron á los más distantes cuál era el rumbo que llevaba, una especie de atracción magnética hizo converger hácia su persona aquella desordenada falange.

San Martín, frío, sin acción sobre su caballo, marchaba por la huella carretera y así llegó hasta la hacienda de Quechereguas, en cuyo extenso patio existía una cancha de bochas. Todo dormía en aquel edificio: era la hora del amanecer, y las primeras claridades de la aurora bañaban los campos.

El caballo, sin ser aguijoneado por la espuela, salvó el débil repecho de un madero que cerraba la entrada de la cancha, y allí se detuvo San Martín; desmontó, y sin mirar á ningun lado, sin decir una palabra, caminó unos ocho ó diez pasos, se detuvo, y arqueando rápidamente sus piernas se echó de bruces contra el suelo y cruzando los brazos reposó en ellos su cabeza.

¡Qué tormentos no sentiría rugir en su cerebro aquel hombre agobiado por tan inmenso desplome!

Allí estaba el condor tendido y desfalleciente invocando al genio de la América esclavizada para que lo iluminasen en la hora suprema. Caído, sin ejército, solitario, se veía allí donde dos días antes circulaban en torno de su tienda nueve mil combatientes intrépidos, con los que tenía segura la victoria.

¿Qué pensaba aquel nuevo Anteo postrado sobre la madre fecunda, que debía vigorizar el temple de su espíritu?

¿Qué pensaba el héroe?

Pensaba en su patria, cuya bandera veía enlutada; pensaba en Chile, cuya independencia zozobraba á sus espaldas; pensaba en el Perú, cuya libertad había jurado sobre su espada.

Triste, meditabundo, con las armas rotas, el paladín soberbio se debatía en la hora amarga de la prueba, quebrantado, impotente, sin hombres, sin cañones, sin oro, sin opinión acaso, porque la opinión es la compañera inseparable del éxito y á él le seguiría sólo la burla y el sarcasmo de la suerte.

En esa actitud permaneció algunos minutos sin hacer el más leve movimiento. Los ayudantes, sin desmontar de sus caballos velaban su aparente sueño, mientras que el guerrero impasible y mudo, discutía el problema de su destino.

Entre tanto, la gente dispersa empezaba á reunirse en torno de aquella cancha de bochas, donde con la rigidez de la muerte se veía tendido al general en jefe.

De repente el sol, dominando magestuosamente la cumbre de los Andes, vertió sus resplandores oblicuos sobre la tierra de Chile y un rayo de su luz hirió como una flecha de fuego la negra y empolvada cabeza del soldado.

A su contacto, San Martín alzó la frente, y ágil, rápido como un atleta, se puso de pié.

Aquella ingrata noche había pasado.

Sobre la manga de su traje se veía una mancha lustrosa que parecía reciente. Era la lágrima de fuego con que el hombre pagaba su tributo de flaqueza al infortunio.

Miró á todos lados, y á todos lados vió á sus compañeros, sombríos, opacos, taciturnos, como si sobre todas aquellas cabezas hubiera escrito un cartel de ignominia. El polvo de la derrota era arena calcinada por el oprobio, y les quemaba la faz.

Comprendió que un rugido de fiera estaba contenido en cada uno de aquellos pechos varoniles; que todos en silencio le demandaban venganza.

En estos momentos un ginete, rompiendo aquella masa de hombres á caballo y á pié, con armas unos y desarmados otros, muchos estropeados, se precipita hacia el general y le entrega una tira de papel. Era un alférez de granaderos á caballo.

—Capitán, le dijo San Martín, mirando la gorra del ginete, ¿es cierto que el general Las Heras ha librado toda la división y los cañones de Chile?

—Es cierto, general.

Bien, capitán; póngase al frente de esos grupos, y diríjalos hacia Rancagua.

¡Chile se ha salvado!

Montó en su caballo, llamó á sus ayudantes, y dando orden al trompa que lo acompañaba de obedecer al joven capitán, se puso en marcha otra vez, adusto, impasible, sin hablar una sola palabra hasta encontrarse con el bravo Las Heras, que en esa noche había sido la providencia de la patria. Allí le esperaba con la base de un nuevo ejército.

Maipú fué la revancha gloriosa de aquella sorpresa.

Las armas españolas, que representaban la tira-

nia, las tinieblas feudales, vencieron en las sombras.

El ejército de la patria que simbolizaba la libertad, fué acariciado por la victoria á la luz espléndida del día.

El guerrero caído en Talca por la sorpresa, fundió en Maipú con el bronce de los cañones del rey, la columna indestructible de la gloria.

PELLIZA.

### **El bautismo de la caballería argentina**

(1806)

El episodio que vamos á narrar es indudablemente una de las más bellas páginas, á la vez que la primera en el tiempo de los famosos ginetes del Rio de la Plata. Allí se mostraron con su audacia y valor natural, los que adiestrados más tarde por Alvear ó por Belgrano, llevaron la espada y la bandera de la independendia hasta el círculo máximo del Ecuador, donde hicieron flamear victoriosos los colores argentinos.

Tomada por sorpresa la ciudad de Buenos Aires, ausente el cobarde virrey, la bandera inglesa tremolaba en el fuerte, y las armas británicas eran señoras de nuestros rios y de nuestros hogares. Empero, la idea de sacudir el yugo, echando los ingleses á viva fuerza, se dejaba sentir entre los hijos del país, y algunos españoles trabajaban con sigilo en este propósito, lo mismo en Buenos Aires que en Montevideo. Viéndose vigilados en la ciudad

los reaccionarios plantaron su misteriosa logia en unos caseríos llamados de Perdriel, cuatro leguas al noroeste de la capital. Allí habían levantado un simulacro de defensa con algunos viejos cañones de mar, unos pocos fusiles y otras armas destinadas á la caballería. Daba consistencia á estos proyectos la esperanza de una próxima expedición que, mandada por el capitán de navío Don Santiago de Liniens, debía llegar desde la Colonia, y además tenían el inmediato apoyo del regimiento de Blandengues, mandado por el coronel Echeverría.

Entre los que más decididamente trabajaban por obtener la reconquista, hacíaase notar el joven porteño Don Juan Martín Pueyrredón, tipo varonil y hermoso que apenas frisaba en los treinta años. Tan alentado sujeto, rico de fortuna y muy querido de sus paisanos, había conseguido levantar un escuadrón voluntario de caballería que, mal armado, pero con excelentes caballos, lo acompañaba en el reducto de Perdriel, esperando la hora de señalarse con un rasgo digno de pasar á la historia.

Habiendo llegado á noticia del jefe inglés. coronel Beresford, el proyecto que se tramaba y el sitio donde tenían sus recursos los defensores de la cautiva Buenos Aires, resolvió concluir rápidamente con aquellos elementos contrarios. En la madrugada del 1º de Agosto, antes de rayar el alba de un dia frío y nebuloso, emprendió su marcha al frente del regimiento N° 71, ocho piezas de artillería y una veintena de ginetes. A las seis de la mañana estaban los intrépidos ingleses sobre la

meseta de Perdriel, hermosa colina que supera el extinguido arroyo de la Merced, tributario del Luján y que volcaba sus raudales á la altura del vado de Curupá. La presencia inesperada de los enemigos sorprendió á los revolucionarios, y el primero en darse á una retirada que tenía todo el carácter de fuga, fué el jefe de los Blandengues, cuya tropa le siguió al centro de la campaña, sin temor de ser perseguida, porque los ingleses no llevaban bastante caballería. Mal servida y peor montada, la caballería patriota no pudo ni supo resistir á los infantes del 71 y todo quedó perdido en poco más de una hora. Lleno de ira y de vergüenza el noble Pueyrredón, invita á los soldados de su reducido plantel para dar una carga á los enemigos, que ya se aprestaban para celebrar el triunfo, y encontrando acogida generosa su proyecto, se pone á su frente y da la primera y más brillante carga sobre las compañías inglesas; rompen las filas, llegan hasta el carro de las municiones y lo arrebatan del centro mismo de los enemigos, asombrados de tanto valor. Corren con la presa; pero, antes de ponerse en salvo, una bala de cañón certeramente dirigida destroza el caballo del arrogante caudillo, quien queda milagrosamente de pié y con la espada centelleante en la mano. Los ingleses se precipitan, lo rodean y creen ya cierta su captura, cuando volviendo riendas uno de los más audaces compañeros de Pueyrredón, clava las espuelas á su caballo, atropella y destroza cuanto se opone á su paso, alcanza hasta donde está su jefe, hace girar sobre los garretes á su brioso animal y

le presenta el anca gritándole: ¡Suba pronto! Pueyrredón, sereno, no se detiene y de un salto, como sólo puede darlo un ágil gaucho, toma la grupa y parten como una saeta, dejando pasmados á los bravos ingleses.

Estos célebres ginetes que rompian las líneas del heróico 71, fueron los húsares de Pueyrredón, que once días más tarde dividieron los laureles de la reconquista con el valiente escuadrón venido desde la Colonia á las órdenes del capitán D. Benito Chaw. Así nació la caballería argentina, y así se bautizó en el fuego y en la gloria.

PELLIZA.

### **Obediencia á las leyes**

Entre los deberes que tenéis que cumplir como ciudadanos amantes de vuestra patria, está el obedecer sus leyes.

Hay dos clases de leyes: la ley *natural* y las leyes *escritas*.

La ley natural es la regla suprema de nuestras acciones, las cuales son buenas ó malas según estén conformes ú opuestas á ella. Es la ley de lo justo é injusto, del bien ó del mal en nuestras acciones y en nuestros pensamientos y palabras. Ella proviene de Dios, que al crearnos la ha escrito en la conciencia. Nuestra conciencia nos advierte cuándo la violamos.

La ley natural es universal y no cambia nunca, porque descansa en principios inmutables. Lo que hoy es justo no puede ser injusto mañana. La ley natural se aplica en todas las circunstancias de nuestra vida.

Aun cuando las leyes escritas no nos prohibiesen apoderarnos de lo que no nos pertenece, ni atentar la vida de nuestros semejantes, bien sabemos que esas acciones son malas. Si todos los hombres fueran suficientemente inteligentes y virtuosos para no faltar á la ley natural, las leyes escritas no tendrían razón de ser. Desgraciadamente no es así. Hay hombres que ceden al interés ó á sus pasiones, y violan el orden moral, matando, robando, calumniando á sus semejantes. De esto proviene la necesidad de las *leyes escritas*, llamadas también positivas, que señalan los deberes y derechos de cada uno, y cuya ejecución está garantida por la fuerza.

El fundamento de las leyes escritas es la justicia. Las leyes escritas no deben ser más que la expresión de la ley natural, de la justicia eterna; tan es así, que desde que una ley escrita se oponga á una ley natural, deja de ser obligatoria para la conciencia.

Para que la leyes instituídas en el interés general sean eficaces, es menester que la voluntad de cada uno se sacrifique á la voluntad de todos, sin lo cual no habría más que anarquía.

La obediencia á los jueces es otro deber de todo buen ciudadano, pues ellos son los representantes de la ley, y sus órdenes emanan de ella.

Se llama *sanción* el conjunto de recompensas y *penas* que se siguen al cumplimiento y á la violación de las leyes. Por ejemplo, las leyes que prohíben el robo tienen por sanción las penas prescritas por el Código contra los ladrones. La ley natural que prescribe la templanza, tiene como sanción, para los que la observan: la salud, la consideración social, el sentimiento interno de su propia dignidad; para los que no la observan: las enfermedades, el desprecio de sus semejantes y el suyo propio.

Se puede afirmar, pues, que el hombre es castigado ó recompensado en la tierra.

1º Por sus semejantes: es la sanción social.

2º Por las consecuencias naturales que

tienen nuestras acciones, malas y buenas: es la sanción natural.

3º Por la satisfacción íntima ó por el remordimiento: es la sanción interna ó de la conciencia.

#### CUESTIONARIO

Las leyes.—Clases de leyes.—Ley natural y leyes escritas.—Conformidad de éstas con aquella.—Obligación de respetar la ley.—Infracciones á la ley natural: son castigadas por las sanciones.

### Servicio de las armas

El valor militar es uno de los rasgos prominentes del carácter del pueblo argentino. Pueden haber sido desgraciados nuestros ejércitos, pero jamás han sido cobardes.

Cuando nada turba ni amenaza á nuestra patria, la amamos sin pensar en ella; pero cuando aparece el peligro, el corazón se inflama de patrio ardor, y cada uno sabe que ha llegado la hora del sacrificio.

Para defender la patria, se dá todo: el reposo, la fortuna, la vida.

Cuando los sufrimientos de la guerra la agobian, los ancianos, las mujeres, los enfermos, buscan el medio de hacerse útiles. La patria es una madre, y cuando su vida

está en peligro, todos sus hijos la rodean y forman una muralla para defenderla. Faltar á este deber sería una cobardía y una traición á la vez.

Pero no debemos esperar á que suene la hora del peligro para prepararnos á esa lucha que llamamos guerra. Para rechazar al enemigo son necesarios ejércitos numerosos, aguerridos y disciplinados. Por esto es que el servicio militar es un deber riguroso para todo argentino; tratar de sustraerse á él, sería un crimen.

Llamado por la ley á sus banderas, el joven soldado no debe descuidar nada para hacerse un útil defensor de la patria. Su primer deber es el de someterse á la disciplina, sin la cual los ejércitos no pueden ser ni grandes ni fuertes.

La disciplina es el respeto de la jerarquía militar, la subordinación de los de menor graduación á sus superiores. La disciplina no se puede mantener si no hay obediencia y respeto. ¿De qué servirían los jefes si no hubiese quien obedeciera? Esta sumisión á las órdenes de nuestros superiores suele costar grandes sacrificios.

En la batalla de Ituzaingó (20 de Febrero

de 1827), el general Alvear mandó al coronel Brandzen que cargara con su regimiento de caballería y deshiciera los cuadros brasileros.

La muerte era segura; pero la obediencia á los jefes estaba sobre todo lo demás. El coronel cargó y deshizo los cuadros enemigos, perdiendo la vida. La batalla fué ganada.

#### CUESTIONARIO

Deber de defender la patria.—Necesidad del servicio de las armas.—Subordinación y disciplina. Esta debe llegar hasta el sacrificio.—Ejemplos tomados de la historia de la patria.

### **Fidelidad á la bandera**

La bandera, emblema de la patria, es la señal para reunirse y ayudarse mutuamente. Es necesario serle fiel, seguirla y defenderla. Abandonarla es hacerse culpable de un verdadero crimen.

La bandera de un regimiento es su representante; hay gloria en conservarla. A menudo, durante el combate, los enemigos tratan de apoderarse de ella; aquel á quien se ha hecho el honor de que la lleve, está doblemente expuesto.

Atravesada por las balas, humeando los girones, pasa de mano en mano cuando el que la tiene ha sido herido, y á pesar de los sufrimientos, en la agonía de la muerte se piensa en ella.

En la guerra de la independencia, un grupo de caballería argentina fué atacado por otro mayor de los enemigos. Después de un sangriento combate, nuestros bravos granaderos á caballo se vieron obligados á retroceder. A su espalda tenían el mar, delante el enemigo; la retirada era imposible.

Entonces Pascual Pringles, uno de los oficiales argentinos, viendo perdida la bandera, la toma y se arroja con ella á las aguas.

Tal acto de heroísmo asombra á los españoles, que dan libertad á Pringles, rindiendo así homenaje á su valor.

Y el gobierno patrio premió á los nobles defensores de la gloriosa bandera, con un escudo que debían llevar en el brazo los que hubiesen estado en el combate, y que decía:  
*Honor á los vencidos en Chancay.*

#### CUESTIONARIO

Significación de la *bandera*. — Deber de defenderla. — Ejemplo de Pringles y otros de la historia patria.

## Impuesto

“El trabajo que consiste en cultivar la tierra, labrarla, en construir habitaciones, tejer telas necesarias para nuestros vestidos, en una palabra, el trabajo que alimenta, viste y libra de la intemperie al hombre, no es el único género de trabajo que existe en la sociedad.”

Hay otra clase no menos indispensable: es el trabajo que consiste en proteger al labrador, al manufacturero, al constructor, al hombre de iniciativa. El soldado que lleva las armas, el magistrado que juzga, el administrador que organiza todos estos servicios, trabajan tan útilmente como el que ha hecho crecer el trigo, el que confecciona vestidos ó construye casas. Del mismo modo que el labrador produce grano para el que teje, y éste tela para el labrador, uno y otro deben labrar y tejer para el centinela, para el que aplica las leyes y administra el país.

“Es menester, pues, que el labrador, el tejedor, el albañil paguen los impuestos, cuyo producto está destinado á retribuir el trabajo y los afanes de los que llevan las ar-

mas, de los que juzgan, de los que administran para ellos.<sup>1</sup>”

Con el producto de los impuestos, el Estado construye puertos, canales, ferrocarriles, y provee á la conservación común; ventajas de las que todos disfrutamos.

No hacemos, pues, más que satisfacer una deuda pagando los impuestos establecidos.

#### CUESTIONARIO

¿Qué son los impuestos? — Su necesidad. — Obligación de pagarlos.

### El voto

El derecho de ser elector, es decir, de participar en la confección de las leyes nombrando los diputados nacionales y provinciales que las proponen y votan, impone también ciertos deberes.

El primero es el de votar siempre que seamos llamados á hacerlo, sin prestarse á fraudes de ninguna especie. El fraude, en tal caso, es un acto doblemente criminal.

El voto debe ser *libre*; el elector no debe ceder á ninguna influencia, á ninguna amenaza.

1 THIERS.

El voto debe ser *desinteresado*: las consideraciones de familia, de interés personal, no deben dictar jamás un voto. Sólo los intereses de la nación deben tenerse en cuenta al votar.

El voto, por último, debe ser *ilustrado*. Debemos conocer las personas de los candidatos, su moralidad, sus aptitudes, sus opiniones y cuanto pueda conducirnos á votar con conciencia de que hacemos un bien á la patria designando á este ó al otro.

#### CUESTIONARIO

Derecho de votar.—Requisitos que debe llenar el voto.

# SEGUNDA PARTE

## CAPÍTULO V

### DEBERES CON LOS OTROS HOMBRES

LA SOCIEDAD.—Justicia y caridad.—Respeto á la vida.—Respeto á la libertad.—Respeto á la propiedad.—Respeto á la palabra.—Respeto á la reputación.—Fraternidad.

#### **La sociedad**

La sociedad es la reunión de todos los hombres que habitan el mundo, que unen sus esfuerzos para cumplir mejor los deberes que tiene cada uno.

La sociedad ha comenzado con la familia. La primera familia que existió, es según la Biblia, la de Adán y Eva. Las familias reunidas han formado la tribu; una reunión de tribus establecida en un punto ha formado una aldea, la cual se ha convertido más tarde en una ciudad, debido al acrecentamiento natural de la población.

El hombre viviendo en sociedad con los

demás, disfruta de muchas comodidades y ventajas que no tendría si viviera aislado.

Si viviéramos solos, apartados completamente de los demás hombres, sería necesario que nosotros hiciésemos nuestros vestidos, siendo muy difícil que, en toda nuestra vida, pudiésemos tejer telas tan sólidas y hermosas como las que nos proporciona el fabricante. Sería necesario también que buscáramos nuestro alimento, para lo cual debíamos labrar la tierra, moler el trigo, amasarlo y prepararlo convenientemente, con lo que solo tendríamos pan. Habría que buscar la carne, los condimentos que se hallan en distintas y lejanas regiones de la tierra. Por último, tendríamos que construir una habitación para librarnos de los rigores de la intemperie, y armas para defendernos de las fieras que atacan al hombre. En una palabra, sería imposible sufrir una vida tan penosa.

Felizmente, los hombres han nacido para vivir en sociedad. La sociedad es tan antigua como el hombre. En efecto, la historia de los tiempos más remotos nos dice que ya el hombre vivía en sociedad. Hasta los sal-

vajes viven en sociedad, formando familias y numerosas tribus.

El hombre que viviera aislado, podría perder la razón y el uso de la palabra, por el sólo hecho de no escuchar la voz humana.

La soledad nos es odiosa, y nada apeteecemos con tanto anhelo como escuchar la voz y contemplar el rostro de nuestros semejantes.

El dón de la palabra, que con razón nos distingue de los demás animales, es una señal inequívoca de que hemos sido creados para vivir en sociedad.

La sociedad no tendrá fin; es eterna.

Vosotros, niños, formáis ya parte de la sociedad y recibís de ella muchos beneficios. Pero para vivir en sociedad es necesario que conozcáis cuáles son los deberes que tenéis que cumplir con vuestros semejantes, y cuáles son los derechos que podéis ejercitar.

Los deberes con nuestros semejantes son de dos clases: deberes de *justicia* y deberes de *caridad*.

#### CUESTIONARIO

La sociedad.—Su origen.—Ventajas de vivir en sociedad.—El hombre es un sér sociable; ¿porqué?—Deberes que nacen de vivir en sociedad: división de éstos.

## Justicia y Caridad

Bueno será, antes de seguir adelante, que veamos qué significan las palabras *deber*, *derecho*, y qué relación hay entre ellas.

Un *deber* es algo que tenemos que cumplir. La moral nos impone *deberes*, y de estos deberes se originan nuestros *derechos*. Tenemos el deber de cuidar de nuestro cuerpo, y por consecuencia, el derecho de que los demás no lo maltraten ó destruyan. Tenemos el deber de vivir y el derecho de que nadie atente á nuestra vida.

Se ve, pues, que un *deber* da origen á un *derecho*, ó, lo que es lo mismo, todo deber tiene su correspondiente derecho.

Los deberes de justicia consisten en respetar la vida, la reputación, la propiedad y la libertad de los demás hombres; en una palabra, la justicia consiste en no hacer mal á nadie ó en reparar el mal ya hecho. Los deberes de justicia se encierran en esta regla: *no hagas á los otros, lo que no quisieras que hicieran contigo*.

Los deberes de caridad consisten en hacer á nuestros semejantes todos el bien que podamos. Es un deber socorrer al meneste-

roso y ayudar al desvalido. *Al prógimo como á tí mismo*, dice el Evangelio, y esa máxima noble y pura encierra todos los deberes de caridad.

La justicia, pues, es el respeto de los derechos de los demás, y la *caridad* la ayuda prestada á los demás para que cumplan sus propios deberes.

La justicia es una virtud insuficiente. No basta ser *justo*; hay que ser *caritativo*.

“Cuando hemos respetado á los demás, cuando no hemos ahogado la inteligencia, ni maltratado su cuerpo, ni atentado á sus bienes, ¿podemos decir que hemos cumplido todos los preceptos morales? Un desgraciado sufre á nuestra vista. ¿Está tranquila nuestra conciencia con la seguridad de no haber contribuído á sus dolores? No, algo nos dice que debemos darle pan, socorros, consuelos. Y, sin embargo, ese hombre que sufre, que va á morir quizá, no tiene el menor derecho sobre la menor parte de nuestra fortuna, así sea ésta inmensa; si él recurriera á la violencia para arrancarnos un óbolo, cometería una grave falta. Nos encontramos aquí con un nuevo orden de deberes que no corresponden á los derechos.

“El hombre puede ocurrir á la fuerza para hacer respetar sus derechos; pero no puede imponer á otro un sacrificio, por pequeño que éste sea. La justicia *respetar* ó *resituye*; la caridad *da*.

“No se puede decir que el ser caritativo no es obligatorio; pero es menester que esta obligación sea tan precisa para nosotros, tan inflexible como la de la justicia. La caridad es el sacrificio. ¿Quién puede encontrar la regla del sacrificio? Para la justicia la fórmula es clara: respetar los derechos de los demás. Pero la caridad no reconoce ni reglas ni límites. Ella sobrepasa á toda obligación. Su belleza está precisamente en su libertad.”<sup>1</sup>

#### CUESTIONARIO

Deber y derecho.— Todo deber da origen á un derecho.  
—Deberes de justicia.— Máxima que los resume.—Deberes de caridad: su necesidad y belleza.—Máxima del cristianismo que los resume.

#### El Eco

La pequeña Georgina se hallaba un día en la pradera, y se puso á gritar:

—“¡Hop, hop, hop!”

En el mismo instante, oyó repetir las mismas palabras en un bosque vecino.

Creyendo que alguno se ocultaba detrás de los árboles, preguntó asombrada:— ¿Quién está ahí?

La voz misteriosa repitió las mismas palabras.

— ¿Quién eres? — preguntó de nuevo la niña.

— ¿Quién eres? — repitió la voz.

— ¡Tú eres necia! — exclamó Georgina, indignada, conociendo que la voz era de una niña de cinco años como ella.

Las mismas palabras le fueron devueltas.

Georgina, muy enfadada, llenó de denuestos á la niña invisible.

— ¡Majadera, bestia, imbécil! — gritó con ira.

El eco le repitió con fidelidad tan lindos calificativos.

Entonces Georgina, sin hacer caso de su niñera, que la llevaba, entró en el bosquecillo y empezó á buscar por todos lados á la insolente que la insultaba; miró atrás de todos los árboles, pero á nadie vió y hubo de retirarse á su casa, porque ya anochecía.

Al llegar contó á su mamá lo que le había sucedido, diciéndola que una niña mala se había escondido en el bosque para injuriarla.

— Tú vendrás conmigo á paseo mañana y la castigarás, ¿verdad, mamá? — exclamó la niña echándose en los brazos de su buena madre.

Ésta, que la adoraba, le devolvió tiernamente sus caricias, la sentó en su falda y le dijo:

— Por esta vez, hija mía, te has equivocado, sólo ha sido el eco de tus propias frases; si hubieras dicho en el bosque una palabra afectuosa, el eco te hubiera devuelto también otra igual; y así sucede, hija mía, en las cosas de la vida: la conducta de los otros, es el eco de nuestros propios proceder para con ellos; si somos buenos, indulgentes y afectuosos, hallaremos buenas y benévolas á las personas que tratemos: pero si criticamos con acritud, si juzgamos con ensañamiento, si mentimos, si calumniamos, esperemos todo el daño imaginable, porque las personas ofendidas se vengarán, y tendrán mil razones para hacerlo.

— Pero, ¿y si nos hacen mal á nosotros?— preguntó Georgina, que tenía para su edad una gran penetración.

— Entonces, hija de mi alma, debemos volver bien por mal; seamos el eco dulce que enseña, y no el eco que devuelve las injurias; el alma es un espacio inmenso, más puro, más luminoso que el del bosque; en nuestra alma debe resonar siempre el himno del amor y de la caridad, porque es hechura é imagen de Dios.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

### **Respeto á la vida**

El primero de los deberes de la justicia que tenemos con nuestros semejantes es el de respetar su vida.

El asesinato ú homicidio voluntario es, pues, el mayor de los crímenes, porque al quitar la vida á un semejante se le priva de todos los derechos de que gozaba con ella, como asimismo le impedimos que cumpla los deberes que ella trae aparejados.

Hay felizmente en el fondo de nuestra alma sentimientos de simpatía hacia los demás hombres, de condolencia por sus sufrimientos, que nos llevan, no tan sólo á respetar su vida, sino á defenderla de un ataque, á salvarla si ella corre peligro.

Pero podemos ser atacados injustamente y sucumbir á los golpes de un asesino, si no nos defendemos. ¿Qué debemos hacer en tal caso? Defendernos, y si no pudiéramos sustraernos á sus golpes sino con la fuerza, podemos, si el peligro es grave, dar muerte á nuestro agresor para no ser muerto por él. Ambos, como hombres, como semejantes, tenemos el deber de no atentar á la vida de los demás; el asesino es el primero de los dos que viola este deber: justo es que sufra las consecuencias de esta violación.

Por supuesto que, teniendo el deber de respetar la vida de los demás, debemos también no maltratar su cuerpo con golpes y

heridas, las cuales pueden unas veces causar la muerte, y otras impedir al individuo que cumpla sus deberes.

Todo se cifra en cumplir el precepto aquel del Decálogo: *No matarás*.

*El duelo.*—Muchos creen que cuando se mata á un semejante en duelo, no se ha cometido un crimen. Es un error. Ya vimos que la defensa es legítima sólo cuando nuestra vida corre peligro, que aun podemos dar muerte á un agresor si no hay otro medio de evitar sus golpes; pero, ¿qué puede excusar al individuo que, dispuesto á matar ó ser muerto, va á exponer su vida en un duelo? Se dice que el honor está ultrajado; y que esas ofensas sólo con sangre se lavan. Pero, una de dos: si hemos realmente perdido el honor, no se recobra matando al ofensor; y no lo hemos perdido, si es una infame calumnia la que se nos echa al rostro; á nadie le es permitido hacerse justicia por sí mismo.

Por otra parte, ¿no tenemos el deber de conservar nuestra vida? ¿Cómo podemos, pues, adquirir el derecho de exponerla? Disponer de la vida propia es sustraernos á los deberes que ella impone.

La sana razón y la ley moral condenan, pues, justamente el duelo.

#### CUESTIONARIO

*Respeto á la vida.*—¿Por qué es un crimen privar de ella á un semejante?—¿Cuándo la defensa es legítima?

*El duelo.*—Ideas falsas al respecto.—El duelo es contrario á lo moral y á la razón.—Mostrar que no puede él ser nunca la expresión de la justicia moral,

#### El duelo evitado

Un oficial general irlandés, que había servido durante cuarenta años sin haber propuesto ni aceptado jamás un desafío, refiere del modo siguiente una anécdota de su vida: “Provoqué, dice, el resentimiento de uno de mis compañeros de armas muy querido y respetado de todo el cuerpo. Parecióme que había merecido algunas leves reconvenciones en ciertos casos, y con este motivo hablé de ellas en un idioma que no conocía aún bien, lo cual fué causa de que me sirviese de una voz cuyo sentido no comprendía. Creyóse insultado, se levantó, dejó la compañía y me desafió. Le contesté que esperaba tener con él una explicación que le quitaría las ganas de batirse; pero, sin embargo, prometí acudir á la cita. Fuí, en efecto, acompañado de todos los que habían oído la expresión que provocó el desafío, y delante de ellos me eché toda la culpa, declarando que había proferido términos cuyo verdadero sentido ignoraba. Mi contrario entonces arrojó lejos de sí la espada y nos echamos en brazos uno de otro.

“Vine aquí, dijo, con intención de sepultar mi espada en el seno de un hombre que estimo y quiero; esta idea me hace estremecer.” Todos los circunstantes dieron muestras de la más viva satisfacción, y convinieron en que el duelo es una costumbre bárbara, y que un gobierno cuerdo debe reformarla por todos los medios posibles.

### Sublime abnegación de dos negros

Hé aquí la historia de algunos náufragos, á consecuencia de un incendio, que presenta actos sublimes de la más generosa adhesión.

La goleta *Las Seis Hermanas*, su capitán Hadoul, navegaba de las islas Secheles, en la Oceanía, para la Isla de Francia, transportando mercaderías y algunos pasajeros. Había dado la vela con un día magnífico, y todo parecía prometer una feliz travesía. El canto de los marineros se mezclaba al ruido de las olas, y el capitán conversaba con madama Malfit, joven viuda que venía como pasajera en el buque.

Apenas había terminado el día, cuando se dejó oír del fondo de la cala el grito de *¡Fuego! ¡fuego!* Aquello provenía de una imprudencia inexplicable; el incendio se propagaba con una rapidez aterradora.

Toda la energía, toda la actividad, toda la fuerza humana son empleadas en el instante mismo para contrarrestar el horrible peligro. ¡Ah! . . . ¡Inútiles esfuerzos! El viento se levanta, el incendio vence; el fuego sube, se dilata, y pronto rodea enteramente

con un círculo de llamas la embarcación, que parece va á sumergirse.

Era el 1º de Agosto de 1819, la tarde de un hermoso día de que cada cual se había felicitado, y que todos deploraban ahora entreviendo que podía ser el último de su existencia.

Un bote que había escapado de los estragos del fuego, ofrece el único medio de salvación; tripulación y pasajeros se precipitan en desorden, y entran en él treinta y ocho individuos.

¡Desesperación! En aquel bote, demasiado pequeño para contener á todos con comodidad, no quedaba sitio suficiente para que el piloto pudiese operar y librarlos del naufragio, si se alzaba una tempestad.

Las olas se encrespaban ya y la tormenta rugía en lontananza.

No hay remedio; el bote, demasiado lleno para que persona alguna pudiese maniobrar, va á desaparecer bajo las olas. El capitán y los marineros deliberan acerca del partido que se ha de tomar. La salvación del mayor número exige algunas víctimas; es menester desembarazar la embarcación de los individuos que la sobrecargan. ¿A quién se sacrifica? ¿sobre quiénes recae la elección? Dos negros prodigaban sus cuidados á madama Malfit, su ama, que moribunda de terror en el fondo del bote, tendía los brazos hacia un hijo suyo, á quien la nodriza daba el pecho á su lado. Las siniestras miradas de los marineros se dirigían á las dos caras negras; la elección estaba hecha. Pero, ¿cómo arro-

jar á la mar aquellos vigorosos africanos, cuya atlética fuerza opondría una fuerte resistencia á las voluntades homicidas? No hay duda que se defenderían, y semejante lucha en medio de un bote que el menor movimiento puede sumergir, haría inminente la pérdida de todos.

“Es menester (dijeron) empezar por las mujeres”.

La tempestad redoblaba su violencia; no había que perder un momento. Un negro de los que había oído la sentencia, tocó en el hombro á su hermano de color; cambió con él en voz baja algunas palabras cortas y animadas; luego, dirigiéndose á la señora de Malfit, le dijo: “Él y yo, hacer lugar. Volver á ver buena señora en el cielo,” y volviéndose al capitán, continuó con tono firme: “Capitán, salva ama querida. Nosotros ahora mismo á la mar.”

La señora Malfit, deshecha en llanto, arranca en aquel momento á su hijo del pecho de la nodriza, y le estrecha contra su seno. “¡Pobre amito, nosotros besarlo! (exclamaron con trasporte los dos negros llegando sus atezados rostros á la blanca cabeza del angelito). ¡Adiós, ama! nosotros al agua. . . . luego allá arriba !” y señalaban el cielo con la mano. En el mismo instante ambos se lanzaron al mar. . . .

¡Sí; tan sublime sacrificio es digno de su eterna recompensa!

Aquellas dos víctimas son bastante: queda sitio para armar dos remos, y todos se salvarán ó perecerán juntos.

Durante ocho días anduvieron errantes á la ventura los pobres náufragos en el océano indiano, sin

más víveres que un poco de carne salada y muy escasa provisión de agua. Al noveno día, el capitán divisa tierra: era la isla de Digue, á donde abordaron felizmente. Tres días después, todos se embarcaron en un buque pequeño, pero muy velero, para dirigirse á Mahé, la principal de las islas Secheles, que había sido el punto de partida de aquel triste y desastroso viaje.

SASTRE.

### Respeto á la libertad

Después del derecho de conservación, el hombre tiene derecho á la *libertad*, es decir, derecho á usar como le plazca sus facultades físicas y morales, siempre que no perjudique á un tercero hiriendo los derechos de éste. Tenemos, pues, el deber de respetar la libertad humana.

La *libertad de conciencia*, que consiste en adorar el Dios que nuestra conciencia nos señala; la *libertad de pensamiento*, ó sea el derecho de usar libremente de nuestra inteligencia, y la *libertad de trabajo*, que es el derecho de servirnos de nuestras fuerzas físicas para llenar nuestras necesidades, deben ser respetadas en nuestros semejantes.

Tenemos el deber de respetar los pensa-

*mientos y sentimientos* de los demás hombres, y el uso que de ellos quieran hacer, porque tienen el derecho de usar sus facultades y sus fuerzas como mejor les convenga, siempre que no hieran los derechos del prógimo.

La libertad de las acciones y movimientos debetambién existir; ellos manifiestan la voluntad del hombre. ¿De qué me sirve *querer* libremente, si me impiden hacer esto ó aquello que he *querido*?

La esclavitud es la privación de la libertad de varios hombres; es un atentado á la libertad individual.

Todos los pueblos civilizados la han combatido como la representación de la barbarie.

En la República Argentina no hay esclavos.

#### CUESTIONARIO

La libertad de *conciencia, de pensamiento y de trabajo*;—Beneficio general que resulta de la libertad.—Ejemplos prácticos.—Luchas y sangre que ha costado la conquista de la libertad humana.—La esclavitud es una institución de la barbarie.

**Bartolomé de las Casas.** <sup>1</sup>

Bartolomé de las Casas, héroe del cristianismo, abrazó el estado eclesiástico y marchó á América, descubierta hacía poco, para trabajar por la salvación y libertad de los indios, que eran tratados por los españoles con inhumanidad. Después de haber dirigido inútiles amonestaciones á aquellos hombres crueles, se resolvió las Casas á volver á Europa para hacer presente á Carlos V las quejas de los oprimidos. Aunque pobre y sin protectores, no temió denunciar como mónstruos y tiranos á hombres poderosos por sus riquezas, por su crédito y su poder. La voz de aquel apóstol generoso fué oída, y se suavizó la suerte de los pobres indios. Nombrado Las Casas Obispo de Chiapo <sup>2</sup>, regresó á América. Sin embargo, á pesar de las órdenes de Carlos V, comenzó de nuevo la persecución contra los indios; con riesgos de su vida, se dedicó las Casas á defenderlos y consolarlos, cumpliendo este deber sublime por espacio de cincuenta años con infatigable ardor y caridad evangélica, sin cesar de dar ejemplo de todas las virtudes.

**Respeto á la propiedad.**

El hombre no puede conservar su vida sino con la ayuda de objetos materiales que hemos llamado *bienes externos*.

1 Nació en Sevilla en 1474, y murió en Madrid en 1566.

2 Ciudad de Méjico.

La propiedad es la posesión legítima de estos bienes.

El derecho de la propiedad entraña el de hacer el uso que queramos del objeto poseído, el de donarlo ó trasmitirlo á nuestros hijos, y también el de enagenarlo.

La propiedad es un derecho; por lo tanto, nos está expresamente prohibido atentar á la de nuestros semejantes.

No solamente se roba tomando el dinero ajeno del bolsillo; se roba apropiándonos de cualquier manera de lo que no es nuestro. Un comerciante que no da el peso justo de la mercancía que vende, ó que engaña al comprador en la calidad de ella, comete un robo verdadero.

Se roba no pagando las deudas contraídas, y también cuando se contraen con la seguridad de que no podremos pagarlas.

#### CUESTIONARIO

Necesidad de los *bienes externos*.—Derecho de propiedad: Su extensión.—Robo.

### **Respeto á la palabra**

La sociedad no subsiste si no hay entre todos sus miembros un cambio recíproco de servicios.

Hay servicios libres y voluntarios, llamados comunmente favores, y otros que son materia de contratos y convenciones, compromisos recíprocos que ligan á los hombres.

Vuestro padre necesita un criado; conviene con él el sueldo y las demás condiciones; la palabra está dada; no hay contrato. El criado está obligado á servir bien á su amo y éste debe pagarle la suma estipulada y tratarlo con afabilidad.

Pero, necesita vuestro padre arrendar un campo, y firma un contrato con el dueño del terreno; la palabra está dada, la palabra escrita. Él debe pagar el dinero convenido; el dueño debe dejarle en posesión del campo para que lo utilice.

Tanto en este como en el ejemplo anterior, la palabra ha sido empeñada por ambas partes. Las leyes aseguran el cumplimiento de la palabra escrita, imponiendo penas á los que la violen.

Pero no sólo debe cumplirse la palabra escrita, sino también la *promesa* hecha de viva voz.

Pobre idea da de sí mismo el hombre que no cumple sus promesas.

## CUESTIONARIO

Palabra hablada.—Palabra escrita: contratos.—Cumplimiento de las promesas.

### Respeto á la reputación

El *honor* es parte de nosotros mismos, y tan necesario á nuestra existencia como la vida. Los criminales son hombres que no tienen honor, como no lo tiene tampoco el que no cumple estrictamente con todos los deberes morales.

La *reputación* es el juicio que de nuestra conducta, de nuestro honor hacen los demás hombres.

Los atentados contra el *honor* y *reputación* son: la *injuria*, la *calumnia* y la *difamación*.

“*Injuria* es toda palabra ó acción ejecutada en menoscabo del honor y reputación.

“La *calumnia* es la falsa imputación de un delito castigado por la ley.”

“La *difamación* consiste en dar á conocer las acciones malas que haya cometido otro hombre.”

“El calumniador no es menos digno de reprobación y de menosprecio que el ladrón:

éste sólo nos roba una parte de nuestros bienes, mientras aquél nos roba la estimación de nuestros semejantes, sin la cual todos los bienes de la vida y la vida misma pierde su valor<sup>1</sup>.”

Tampoco podemos quitar el honor y empañar la reputación de una persona, contando ó sacando á luz sus malas acciones.

Ni la *calumnia* ni la *difamacion* tienen excusa. El interés general nos autoriza á denunciar un crimen no castigado aún; pero nada nos da el derecho de inmiscuirnos en la vida privada de un hombre para exhumar, sin ventaja para la sociedad, todo lo que pueda deshonorarle. Por esto es que la difamación es punible y castigada por las leyes en algunos países.

El honor es una propiedad moral que es preciso respetar como la propiedad material.

#### QUESTIONARIO

El honor.—La reputación.—Injuria.—Calumnia.—Difamación.—Ejemplos prácticos.

1 FRANCK. *Elementos de moral.*

## Fraternidad

¿Por qué llamamos *nuestros semejantes* á los demás hombres?

Porque á pesar de las diferencias exteriores que los distinguen, reconocemos en ellos una naturaleza igual á la nuestra, facultades idénticas, aunque con distinto desarrollo.

Estamos, pues, en el mundo respecto á nuestros semejantes en la misma situación del hermano con el hermano en el seno de su familia. Poseedores de un mismo origen, puesto que tenemos en el cielo un Padre único; unidos por la comunidad de sentimientos, afecciones, ideas, necesidades y deberes, puesto que hemos sido creados con la misma naturaleza y facultades; llamados, en fin, á cumplir un solo y mismo destino, y sostenidos todos en la labor común por las mismas esperanzas, ¿cómo no formaríamos una sola familia, un solo pueblo de hermanos?

La fraternidad del género humano es una verdad de conciencia.

“Pero no basta que la fraternidad humana sea considerada como un principio proclamado por la razón, ó que exista como un sentimiento en el fondo de nuestro corazón;

es necesario que se manifieste en nuestros actos y sea la regla suprema de las relaciones con nuestros semejantes, sea en la vida pública sea en la vida privada.

“Todos los hombres, sin distinción de rango, de origen, de nacionalidad, de creencias, están obligados á ayudarse mutuamente con toda la energía de su voluntad, con todas las luces de su inteligencia, en el cumplimiento de los deberes que los unen, y que les prescriben las mismas condiciones de existencia, la misma empresa y el mismo destino <sup>1</sup>.”

Con ser justos no nos eximimos de los deberes que con ellos tenemos: es tan necesaria la caridad como la justicia, debiendo conducirnos con el prójimo como quisiéramos que él se condujese con nosotros.

La belleza de los deberes de caridad está, como hemos visto, en su libertad: por eso dice Cousin: “La ley del sacrificio no es obligatoria, ninguna ley ordena el heroísmo; pero el género humano tiene coronas y altares por los mártires y héroes.

#### CUESTIONARIO

*Fraternidad.*—La fraternidad no es más que el cumplimiento de los deberes de caridad.

1 FRANCK.

## CAPÍTULO VI

### RELACIONES RESPECTO Á LOS BIENES

ECONOMIA.—Funestas consecuencias del juego y de la ambición.—Prodigalidad.—Avaricia.—Trabajo.—Ahorro.

El hombre tiene otras necesidades además de la de mantenerse: le son necesarios vestidos para cubrirse y abrigarse, una habitación para resguardarse de la intemperie, armas para defenderse si por acaso es atacado, y medios de locomoción para trasladarse de un punto á otro. Estos objetos forman lo que llamamos bienes exteriores.

Aparte de estos objetos tan diversos y necesarios, tenemos también la *tierra*, de la que el hombre saca preciosos recursos, y el dinero (oro, plata ó billetes de banco), que puede cambiar por mercaderías ó por la *tierra* misma.

Todos poseemos algo: vosotros tenéis ropas, libros, juguetes. Aunque los debáis á la generosidad de vuestros padres, decís: son míos, y de ellos disponéis.

Dos escollos debéis evitar: disiparlos y quererlos demasiado.

### **Prodigalidad y Economía**

La prodigalidad consiste en el empleo desordenado de las riquezas. No debemos apasionarnos de éstas, como el avaro que sufre privaciones de todo género por miedo de perderlas, porque entonces no somos nosotros los que nos servimos de ellas para vivir con la decencia necesaria, sino que ellas son las que nos dominan y esclavizan hasta el punto de hacer de nuestra vida entera una vida dedicada á contemplarlas.

Es necesario no caer en ninguno de los dos extremos: ambos son nocivos. En general, los jóvenes son los que corren más peligro de ser derrochadores, porque les falta experiencia y prudencia.

El disipador pronto llega, sea cual fuere su fortuna, á contraer deudas, y quien se coloca en estado de tener necesidad de ellas se desliza por esta pendiente con aterradora rapidez. Padres llenos de energía y de amor al trabajo han conseguido formarse, después de largos años de sufrimientos, una posición

mediana para su vejez, y á su muerte un hijo pródigo disipa en pocos meses lo que garantiía una existencia feliz para su familia.

“Quien va á contraer una deuda, dice Franklín, vá á buscar una mortificación. ¿Habéis pensado bien lo que hicísteis cuando os cargásteis de deudas? Dáis poderes á un extraño sobre vuestra libertad. Si no podéis pagar el día prefijado, tendréis vergüenza de ver á vuestro acreedor, tendréis miedo al hablarle; os rebajaréis hasta excusaros con tanta humildad como sea necesaria para inspirar lástima; poco á poco, no seréis francos y perderéis el honor, mintiendo de la manera más despreciable.”

Un hombre que ha nacido libre, no debe sonrojarse, ni temer hablar ni mirar al rostro á nadie; pero á menudo la pobreza borra todas las señales de la virtud. “Una bolsa vacía no puede permanecer parada”.

La economía es, pues, un deber ineludible para la conservación de la dignidad.

Desde niños debemos acostumbrarnos á no ceder á los deseos que tengamos, deseos que nuestra fantasía hace mayores de lo que son en realidad.

## CUESTIONARIO

Necesidad de los *bienes exteriores*.—Prodigalidad.—Sus consecuencias.—Deudas.—Palabras de Franklin.—Necesidad de la economía.

**El alfiler**

Toda la ambición de Laffitte cuando llegó á París en 1788, se cifraba en conseguir un modesto empleo en una casa de banca. Presentóse en casa de Perregaux, rico banquero, y el joven forastero, tímido, pobre y turbado, fué introducido en el gabinete de dicho señor y le manifestó sus deseos.—“No me es posible admitirle á V., al menos por ahora, dijo Perregaux; todos los empleos están ocupados. Más tarde, si necesito alguno, pensaré en V.; pero le aconsejo que busque en otra parte, porque no creo que haya plaza vacante en mucho tiempo.”

Despedido así, el pretendiente saludó y se retiró. Al pasar por el patio, triste y cabizbajo, vió un alfiler en el suelo, le cogió y le clavó en la solapa de la levita. Muy lejos estaba de creer que aquella acción maquinal había de decidir de su porvenir.

Perregaux, que estaba de pié al lado la ventana de su gabinete, había seguido con la vista al joven. El banquero era uno de esos observadores que conocen el valor de las cosas más ínfimas y juzgan del carácter de los hombres por esos detalles fútiles en apariencia y sin consecuencia para el vulgo. Había visto recoger el alfiler, y aquel rasgo le agradó; tan sencillo movimiento le revelaba todo un carácter, pues era una garantía de orden y economía.

Aquella misma noche recibió Laffitte una carta de Perregaux, en que le decía. "Un empleo espera á V. en mis oficinas: puede venir á desempeñarlo desde mañana."

El joven mostró una dedicación y habilidad poco comunes. Ascendió rápidamente hasta llegar á ser socio, dueño de la casa á donde había entrado veinticinco años atrás con la esperanza de un modesto empleo que le permitiera subvenir á sus necesidades. Más tarde ocupó puestos públicos que desempeñó con el aplauso de todos.

Pero, lo más noble de este corazón, lo que no había previsto sin duda Perregaux, era que la mano que recogía un alfiler era una mano generosa hasta la prodigalidad cuando se trataba de hacer bien; una mano siempre abierta y pronta á derramar el oro para socorrer las desdichas con la honradez. Nunca fué mejor empleada la riqueza, ni nadie como él hizo tan buen uso de ella.

BARRAU

### **Funestas consecuencias del juego y de la ambición**

El hombre, ni tampoco los animales, pueden trabajar siempre. El reposo y la distracción son necesarios á nuestra naturaleza. Vuestros juegos, niños, son saludables y nadie os reprochará por jugar cuando lo hacéis en las horas que no están destinadas

al trabajo. Pero al lado de las diversiones útiles, hay juegos que pueden presentar verdaderos peligros. Esto sucede cuando en vez de jugar por distracción lo hacemos con el móvil de lucrar, de ganar dinero.

El único medio natural para adquirirlo es el trabajo: recurriendo al juego trastornamos lo que está dispuesto como regla en este mundo, y esta violación no puede menos que ser costosa y de consecuencias espantables. El jugador olvida sus deberes; olvida que tiene padre, madre, hermanos, esposa é hijos; tarde ó temprano pierde todo lo que posee, y absorbido por esa pasión del juego, estafa, roba, mata y pára en la cárcel ó en el hospital. Pero supongamos que la suerte le haya sido siempre favorable: el deshonor y la miseria de las personas á quienes ha ganado su dinero, pesa como un crimen en su conciencia. La vida le es odiosa; tiene que serle odiosa, pues el desprecio de la gente honrada y el de su propia conciencia lo tendrá en perpétua ansiedad, esperando el castigo que el criminal conoce merecer.

La ambición produce iguales resultados. "Hay una noble emulación que conduce á

la gloria; pero la ambición, este insaciable deseo de elevarse siempre y sobre las ruinas de los demás, es un vicio más pernicioso aún que la misma pereza." Es un deseo legítimo y noble tratar de mejorar su posición, ilustrar su nombre haciéndose útil á sus semejantes; pero es una cobardía alcanzar los altos puestos, apoyándose y hundiendo á los demás. Todos debemos contentarnos con lo que tenemos, que, por humilde que sea nuestra posición, el hombre juicioso siempre encuentra en ella algún consuelo.

La ambición ha producido más muertes y desgracias que los más horribles cataclismos. Pero siempre, siempre el ambicioso ha recibido el castigo merecido. El ambicioso no repara en los medios; para él no hay afecciones; trata de servirse de todo para ascender, hasta del honor de su familia y el suyo propio.

#### CUESTIONARIO

§ | Distracciones y juegos.—Peligros que el juego entraña.  
—El juego es inmoral.—La ambición.—Diferencia con la emulación.—La ambición se confunde con el más estu-  
pendo egoismo.

### Avaricia

Es muy laudable que un hombre trate de adquirir por medios legítimos, honestos, un bienestar para sí y para su familia, siempre que sea con el deseo de hacer *útiles sus bienes* á los que nos rodean. De este modo ayudan á cumplir el fin para que hemos sido creados; pero jamás deben ser objeto final de nuestros esfuerzos.

El amor al ahorro, para llegar un día á gozar de los bienes terrenales, no es el único abuso que aquí debemos señalar; al lado de los hombres que quieren enriquecerse para gozar, están los que atesoran por atesorar, hombres para los que la posesión de riquezas es la dicha suprema.

En efecto, el avaro no ahorra para llenar sus necesidades; él mismo las aminora á costa de su cuerpo; su dinero le es más precioso que su salud, que su vida, que él mismo; todas sus acciones, todos sus cálculos y afecciones se relacionan con este fin indigno. No se preocupa tampoco de ocultar á los ojos del público, de la sociedad, sus miserables inclinaciones.

La edad y la reflexión curan, por lo ge-

neral, las demás pasiones, mientras que la avaricia parece reanimarse y tomar nuevas fuerzas en la vejez. Cuanto más avanza el momento fatal en que todo debe desaparecer, tanto más se apegan á las riquezas; la muerte se acerca, y aún esconden cuidadosos su miserable teroro.

Se cuenta que una mujer, mendiga hacía largo tiempo, atacada de una enfermedad mortal, vino á llamar á la puerta de su hermana, pobre también. Cuando conoció que llegaban sus últimos momentos, hizo acercar á su hermana al lecho: “En esta cofia negra, le dijo, que tengo puesta, hay mucho dinero, porque la tengo desde que mi madre murió. Pero, prométeme no tocarle y entiérrame con ella.”

La desgraciada muerta quería llevar á la tumba recursos que no había aprovechado por avaricia, y que hubieran bastado para sacar de la miseria á toda su familia.

Hay niños avaros que han reunido algún dinero, centavo por centavo, no para poder hacer una benéfica limosna, alguna útil compra, ó un fondo de reserva para proteger á sus padres si éstos tuviesen necesidad; sino para formar un pequeño tesoro y gozar mi-

las perfecciones imaginables, así del orden físico como del moral.

Siendo Dios un sér infinitamente grande, justo, bueno, poderoso caritativo; es por eso mismo la encarnación definitiva de toda la moral. Esta ciencia, pues, tiene el deber de estudiar á este Sér, que es como una Moral sublime viviente.

El hombre debe conocer á su Criador. Forzoso es, pues, comenzar convenciéndonos de su existencia.

El estudio de los atributos de Dios, de su ley, de sus promesas, es el primer deber que tenemos que cumplir con él. La grandeza, la potencia, la inmensidad y la belleza de sus obras, hacen nacer en nuestros corazones un *respeto* profundo.

Este temor que despierta en nuestro corazón la grandeza y poder infinitos de Dios, nos haría estar en una incertidumbre continua: la vida y el mundo se harían aborrecibles, condenados mientras vivamos á temer; desearíamos, entonces, vernos libres de ese Dios que amarga nuestra existencia.

“Si consideramos después que ese Sér Todopoderoso ha tenido á bien crearnos, á nosotros, de quien ninguna necesidad te-

nía, y que al crearnos nos ha colmado de beneficios; que nos ha dado este admirable universo para gozar de sus bellezas siempre nuevas, la sociedad para engrandecer nuestra vida con la de nuestros semejantes, la razón para pensar, el corazón para sentir y la libertad para obrar; sin desaparecer el respeto ni el temor, se unirá á estos dos sentimientos otro más dulce: el del *amor*.<sup>1</sup>”

Estos dos sentimientos: el *respeto* y el *amor* componen la *adoración*. Se adora á Dios, respetándole y amándole.

#### CUESTIONARIO

Dios.—Su existencia demostrada por el convencimiento universal.—¿Porqué es la encarnación de la moral?—Significación de esta palabra.—Sentimiento que despierta en nosotros la idea de Dios: *amor y respeto*.

#### El reloj de Fenelón

En una hermosa tarde de verano paseábase Fenelón con un niño confiado á sus cuidados. El cielo resplandecía iluminado con rayas de fuego, rojizas y amarillentas.

El horizonte mezclaba los últimos reflejos dorados del sol poniente y la atmósfera tenía ese

1 MARTÍN Y HERRERA. *Curso sumario de filosofía moral*.

color melancólico que respira calma, grandeza y majestad.

El niño preguntó la hora á Fenelón. Este sacó su reloj: eran las siete de la tarde. “¡Qué hermoso reloj! dijo el niño. ¿Queréis dejármelo ver?” Fenelón le dió el reloj y como el niño lo examinara con atención, suspenso al ver lo maravilloso de su mecanismo: “¡Cosa rara! querido Luis, dijo distraídamente Fenelón; este reloj se ha hecho por sí solo.”

— ¡Por sí solo! repitió el niño mirando asombrado á Fenelón y sonriéndose.

— Sí, por sí solo, un viajero le encontró en no sé que desierto. Y solo se ha hecho.

— Eso es imposible, dijo el niño; el señor me engaña.

— No, hijo, no te engaño. ¿Crees imposible lo que te digo?

— Pero un reloj, señor, no se hace por sí solo.

— ¿Y porqué no?

— Porque se necesita inteligencia para organizar todas estas rueditas que se mueven con tanta precisión y que hacen caminar las agujas que señalan las horas, los minutos y hasta los segundos. No todos los hombres lo harían. Y que se haga por sí solo, es imposible; jamás lo creeré. Os han engañado, señor!

Fenelón abrazó el niño, y mostrándole el cielo que brillaba sobre sus cabezas.

— ¿Qué diríamos entonces, querido Luis, de los que pretenden que todas estas maravillas se han

hecho por sí solas, por sí solas se conservan, y afirman que no hay Dios?

— ¿Y hay hombres tan insensatos que digan eso?

— Sí; hay quienes dicen eso, aunque son pocos, gracias á Dios; ¿pero habrá quien lo crea? Yo no sabría decirlo; tanta violencia deben hacer á su razón, á su corazón, á sus instintos, á su buen sentido, que es imposible creer que existan hombres que nieguen á Dios.

El autor de todas estas maravillas es un sér que ha creado á los demás seres, sin ser creado él por nadie; á ese sér le llamamos Dios. Es infinito, pues nada limita su sér; es eterno, es decir, que no ha tenido principio ni tendrá fin; es todo poderoso, justo, bueno, santo, perfecto é infinito en todas sus perfecciones.

Es nuestro primer principio y nuestro último fin; y la felicidad, en este y en el otro mundo, consiste en conocerle, servirle y amarle.

### El culto

La práctica de nuestros deberes con Dios, constituye el *culto*.

El culto es interior cuando los sentimientos de amor, de respeto, de gratitud y de adoración están en nuestra alma; pero no hay manifestación exterior de su existencia. Pero el hombre no es sólo un espíritu; es un

alma unida al cuerpo. Del mismo modo que el alma sufre cuando sufre el cuerpo, si el alma está poseída de un sentimiento fuerte y poderoso, no puede menos que manifestarlo por algún signo exterior. Además, ¿por qué el cuerpo no rendirá también homenaje á nuestro Dios? El culto interior despierta por sí mismo el culto *exterior*.

El culto exterior es, á su vez, *privado y público*. El culto exterior privado consiste en las prácticas por las cuales el hombre, en su casa, sólo, revive y fortifica en su alma el recuerdo y el pensamiento de Dios. La oración hecha al levantarse y acostarse, es una costumbre sencilla y que contribuye poderosamente á reanimar el sentimiento religioso.

El culto exterior público consiste en las ceremonias que muchos hombres, pueblos enteros de las mismas creencias, hacen por sí mismos ó por medio de sus sacerdotes, para rendir públicamente testimonio de su fe y dirigir en común sus súplicas á Dios.

#### CUESTIONARIO

Necesidad del culto exterior como manifestación de los sentimientos.—Distinciones entre el culto interior y exterior, privado y público.

## El cumplimiento de los deberes que dicta la conciencia

El cumplimiento de los deberes que nos dicta nuestra conciencia es también el cumplimiento de un deber para con Dios.

La fe es estéril sin las obras, no hay verdadera piedad sin la caridad, ni, con mayor fundamento, sin justicia.

La práctica del bien es, pues, el más imperioso deber que tenemos para con Dios.

“Es menos estimable el fervor hipócrita del que alardea una piedad que en realidad ni siente ni practica, que la sinceridad de aquel que, huérfano su espíritu de sentimientos religiosos, persevera en la práctica del bien, sustituyendo con el deber la fe de que carece.<sup>1</sup>”

“Amar, honrar y servir la naturaleza humana, apartarla del vicio, de la ignorancia, de la servidumbre, del rebajamiento que acarrea la miseria del que trae el egoísmo y las pasiones brutales, equivale á amar, honrar y servir al Altísimo; mientras odiarla, despreciarla, oprimirla ó asistir indiferentes á sus dolores y miserias, á sus dolien-

1 MARTIN Y HERRERA. *Curso sumario de Filosofía moral.*

cias materiales y morales, es blasfemar y vivir en la impiedad, aun cuando se tenga en los labios las más fervorosas oraciones y las profesiones de fe más bellas<sup>1</sup>.”

El puro sentimiento se asocia, pues, con los dictados y reglas de la pura moral, para dirigir conjuntamente las acciones del hombre honrado.

#### CUESTIONARIO

La práctica del bien es el deber primordial que tenemos con Dios.—Insuficiencia de los sentimientos religiosos si no conducen á la práctica del bien.

#### **Mala conciencia y buena conciencia**

El maestro de escuela de una aldea estaba un día dando lección á los niños del lugar, y éstos, sentados alrededor suyo, le escuchaban con suma atención, porque su modo de enseñar era tan sencillo como eficaz. Hablaba en aquel momento de la buena y mala conciencia y de la voz secreta del corazón.

Cuando hubo acabado, preguntó á sus discípulos:

— ¿Cuál de entre vosotros puede hacerme una comparación sobre este asunto.

Uno de ellos se levanta y dice:

— Yo podría decir una; pero no sé si es justa.

— Veamos cuál es, respondió el maestro; y el niño continuó de este modo:

Comparo la intranquilidad de la mala conciencia á lo que experimenté un día cuando los soldados enemigos, pasando por nuestra aldea, se llevaron por fuerza á mi padre con su caballo. Toda la familia lloraba amargamente, y mi madre, en medio de su dolor, me envió á la ciudad para saber noticias tuyas. Fuí en efecto allá, y volví á casa muy tarde y sumamente afligido, por que no había hallado á mi padre.

Era una noche oscura de otoño: bramaba el viento entre las encinas, los abetos y peñascos, oyéndose á la par el chillido de los buhos y lechuzas. Abrigaba el fatal presentimiento de haber perdido á mi padre, y se me representaba á cada momento el dolor que iba á desgarrar el corazón de mi madre al verme llegar solo y sin noticias de aquel á quien buscábamos. Esta idea me sobrecogió de un temblor mortal; hasta el movimiento de una hoja me llenaba de espanto y pensaba en mí mismo: “Hé aquí lo que debe experimentar el hombre que lleva consigo una mala conciencia.”

— “ ¡Niños! dijo entonces el maestro, ¿querriáis andar así, en medio de las tinieblas, buscando en vano á vuestro padre, y no oyendo más que la voz de la tempestad y los chillidos de las aves de rapiña?”

— “ ¡No señor!” contestaron á un tiempo todos los niños estremecidos.

En seguida el niño narrador prosiguió de este modo:

— Otra vez anduvimos el mismo camino mi hermana y yo: habíamos ido á la ciudad á comprar mil frioleras para regalarlas á mi madre en una fiesta que mi padre quería darle al día siguiente. Regresamos ya tarde por la noche; pero, como era la primavera, estaba el cielo claro y azul, la naturaleza serena, y reinaba en todas partes un silencio tan profundo, que apenas si se oía el murinullo del manantial que corría á lo largo del camino y el canto de los ruiseñores á lo lejos. Caminábamos juntos mi hermana y yo, agarrados de la mano, con ánimo tan satisfecho, que no teníamos ganas de hablar; á poco trecho de nuestra casa, hallamos á nuestro padre, que salía á esperarnos. Entonces me dije á mí mismo: Hé aquí lo que debe experimentar el alma del hombre honrado que ha hecho siempre bien.”

Calló el muchacho, y el maestro miró amistosamente á sus discípulos, quienes exclamaron á un tiempo: “Sí, queremos ser hombres de bien.”

BARRAU.

### **Tolerancia de los sentimientos religiosos bajo las diversas formas en que se manifiestan**

Una exageración del sentimiento religioso, mal entendido, puede conducirnos á des-

preciar y aborrecer á todos cuantos no participen de vuestras creencias.

La intolerancia religiosa ha causado grandes males. Ha habido hombres honrados que han cometido espantosos crímenes, arrastrados por su loco fanatismo, que les llevaba á querer imponer sus creencias á los demás hombres.

Si llegáis á tener relación con otros niños, ó con otros hombres, cuando vosotros lo seáis, que no participen de vuestras creencias religiosas, no los despreciéis, no dejéis de ser su amigo, si son honrados.

Nuestra conciencia es libre, ya lo hemos dicho. Ella puede creer lo que quiera. Ahora bien, si consideramos que nuestras doctrinas son superiores á las ajenas, no podemos probarlo de mejor manera que mostrando que ellas nos hacen buenos y virtuosos.

El bien no sufre las variaciones de la fe; la señal que distingue á los hombres buenos de los malos es la práctica del bien; si una persona que profesa otra religión lo practica, es honrada y caritativa, cumple con el primero de los deberes que tenemos para con Dios. Nuestro guía, pues, en el camino de la vida, es el deber: debemos unirnos, por

tanto, á todos los que encontremos en la misma amplia senda, para cumplir mejor, por la ayuda mútua, los altos fines para que hemos sido creados.

## CUESTIONARIO

La fe es variable: pero el principio del bien es inmutable y universal. — Consecuencias que de aquí se originan. — Tolerancia religiosa.





# ÍNDICE

---

	Páginas
ADVERTENCIAS.....	3
INTRODUCCIÓN.....	9

## PRIMERA PARTE

### CAPÍTULO I

Deberes para consigo mismo.—El cuerpo: aseo, sobriedad, gimnasia. (Ejemplos: <i>Glotonería; Juan Salazar.</i> )—Perjuicios de la gula y embriaguez.—El alma: veracidad, estudio, trabajo. (Ejemplos: <i>Amor á la verdad; Desclieux</i> )—Aversión á la ignorancia y á la pereza. (Ejemplos: <i>La pereza.</i> )—Modestia, paciencia, valor.—Dignidad personal. (Ejemplos: <i>La taza rota; El adulator castigado</i> .....	13
---	----

### CAPÍTULO II

Deberes con los padres.—Obediencia, respeto, amor, gratitud. (Ejemplos: *Amor*

*maternal; lo que costamos á nuestros padres.*)  
 —Auxilio en las enfermedades y en la  
 ancianidad.—Amor y protección entre los  
 hermanos. (Ejemplo: *Amor fraternal.*)—  
 Afabilidad con los sirvientes. (Ejemplo:  
*Miguel Angel.*)—Buen trato á los animales 44

### CAPÍTULO III

Deberes en la escuelas.—Asistencia y apli-  
 cación.—Deberes con el maestro.—Debe-  
 res con los condiscípulos. (Ejemplos: *Los*  
*jóvenes escolares de Passy; Los niños de la*  
*escuela de Stanz*..... 63

### CAPÍTULO IV

Deberes con la patria.—Grandeza y porve-  
 nir de la República.—Deberes con la pa-  
 tria. (Ejemplos: *La hora de la prueba; El*  
*bautismo de la caballería argentina.*)—Obe-  
 diencia á las leyes, servicio de las armas,  
 fidelidad á la bandera, impuesto, voto... 73

## SEGUNDA PARTE

### CAPÍTULO V

Deberes con los otros hombres:—La Socie-  
 dad.—Justicia y caridad. (Ejemplos: *El*

<i>eco.</i> )—Respeto á la vida, (Ejemplos: <i>El duelo evitado</i> ; <i>Sublime abnegación de dos negros.</i> )—Respeto á la libertad.—Respeto á la propiedad. (Ejemplo: <i>Bartolomé de las Casas.</i> )—Respeto á la palabra.—Respeto á la reputación.—Fraternidad. . . . .	93
--	----

## CAPÍTULO VI

Relaciones respecto á los bienes.—Economía.—Funestas consecuencias del juego y de la ambición.—Prodigalidad. (Ejemplo: *El alfiler*)—Avaricia; (Ejemplo: *Fin trágico de un avaro.*)—Trabajo.—Ahorro . . .

## CAPÍTULO VII

Deberes para con Dios.—Amor y respeto con Dios, como criador y Providencia. (Ejemplo: *El reloj de Fenelón.*)—El cumplimiento de los deberes que dicta la conciencia.—Tolerancia con los sentimientos religiosos bajo las diversas formas que se manifiestan. (Ejemplo: *Mala conciencia y buena conciencia.* . . . . .



